Mandarino

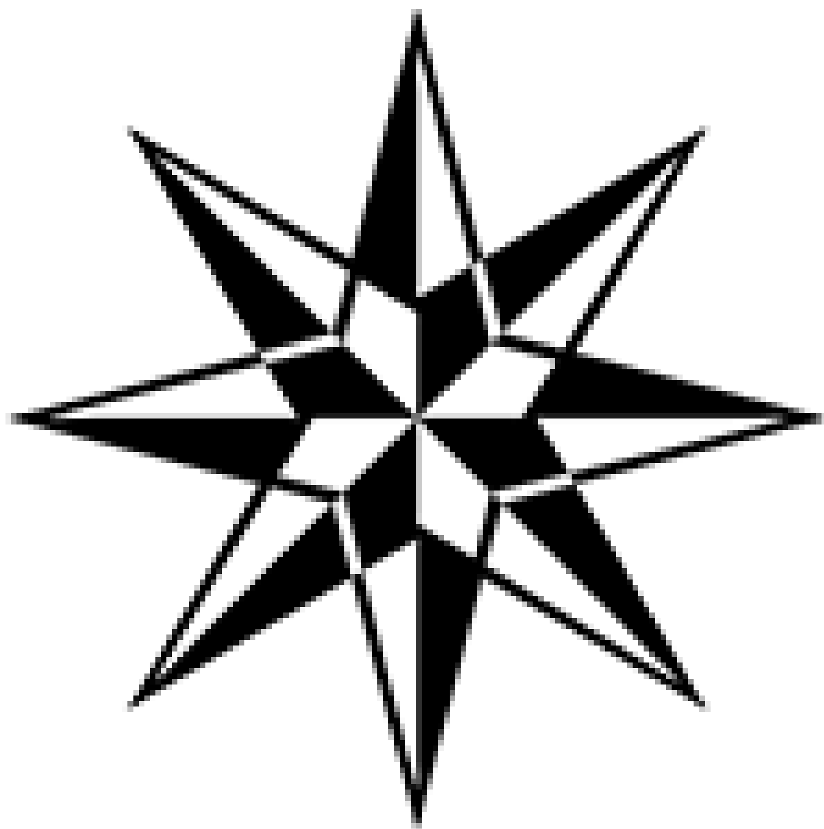
EZEQUIEL PÉREZ



Mandarino

EZEQUIEL PÉREZ





MANDARINO

EZEQUIEL PÉREZ

Hay que pasar el tiempo de la espera. Como si el nuestro cuerpo se empastara con el río y no hubiese más que mirar: están las olas y los jirones de camalotes y los remos que descansan en los nuestros muslos y La Almiranta que añuda las sus velas para dejarse estar.

Ante la hambruna y la escasez de la pesca, todo un pueblo decide partir en expedición en busca del pez dorado y se aventura por el río Paraná. Comandados por la Mansa, recorren diferentes costas en las que intentan establecerse. Cuando la última esperanza parece agotarse, la voz de Mandarino, Cronista Mayor del Desamparo y Cartógrafo de una Sola Línea, cobra una fuerza inusitada que permite ver futuro a pesar del frío y del desasosiego.

Ezequiel Pérez se apropia de los tópicos característicos de las crónicas de indias para fundar un nuevo territorio y escribir un relato decididamente singular. Con una sintaxis trastocada que inventa una nueva lengua, se detiene en los vínculos que se construyen hacia el interior de un grupo de personas que en apariencia solo comparten la búsqueda de un lugar donde asentarse y paliar las necesidades más básicas, mientras se reconocen en la belleza que habita en el paisaje.



Mandarino

EZEQUIEL PÉREZ



ETERNA CADENCIA EDITORA

A Irene, este viaje

Voy a dejar este poema acá

porque la mano se me enredó

en lo que expulsa el río.

JULIÁN LÓPEZ

Aprendimos a escribir

bajo el aliento húmedo del Paraná.

MARÍA TERESA LEÓN

Así es como empieza la relación de la vez que nos hicimos río adentro y de todos los sucesos que arrinconaron nuestros ánimos y de los padecimientos que nos aquejaron cuando salimos en busca del pez dorado. Quise guarecer de la humedad del Tiempo aquello que los mis ojos miraron y las mis orejas escucharon. Tengo para mí que algo daquella vida a la intemperie me respira en las palabras.

I. FUNDACIONES

DEL NACIMIENTO

[QUE TRATA DE LOS DÍAS EN QUE LOS NOMBRES SE PEGARON A LOS NUESTROS CUERPOS]

Nací en el año sin Señor. El año de ningún Señor en el que decidimos dejar nuestro pueblo para ir en busca daquellas otras islas que solaceaban un tajo guacho en el cuero del río. Los montes que clareaban a lo lejos figuraban la ilusión de una costa.

El deseo se halla a tiro de piedra cuando se despliegan las velas de la hambre. La cosa está, aprendimos más tarde, en no escatimar el pie de plomo cuando la tormenta arrecia.

Nací en el año de ningún Señor en el que todo estaba a punto de hacerse madera y endurecerse en el fierro y astillarse en los remos de quienes construyen con agua barrosa un paraíso en la tierra.

No los juzgo.

No soy quién.

Nací en el año de ningún Señor.

Me bautizó el Loco Tréllez. Me dicen Mandarino porque tengo el mi pecho partido en gajos.

Con una de las mis manos detengo la mi lengua y marco los límites de lo que desespera nombrarse. Con la mi otra mano señalo el momento en que decidimos dejar las casas. Hago presente la noche en que solo se oían los chasquidos del chapadur consumiéndose debajo de la parrilla. Retén de huesos en la churrasquera y, ahí nomás, la voz firme del Abuelo, único firme en todo este pueblo, diciendo que ya iba a estar la comida.

Ya va estar.

Así es como dijo.

Prepará la mesa.

Escuché.

Pero esta vez era la voz de mi viejo, mi pobre viejo querido, que se parecía mucho a la del Abuelo, aunque menos nítida: la voz titilante de mi viejo, quien nunca prendió el fuego por respeto a los mayores.

La churrasquera trinó de berenjenas y camotes y unos yuyos hediondos que mi viejo juntó de cerquita la cuneta. Comimos hambre aquella noche. Los nuestros dientes crujieron más que las nuestras tripas. Tengo para mí que ese fue el comienzo del tiempo náufrago. El instante en que las patas de la araña hicieron cosquillas debajo del nuestro pecho, clavaron las uñas y soltaron lo estrujado: alimaña herida dentre los nuestros huesos.

Furia de carne del dorado esquivo que había partido hacia costas mejores.

Cuando el Loco Tréllez me vio volver de la pesca con las alpargatas agujereadas y las redes vacías, dijo que mi nombre, de ahora en más, iba a ser Mandarino. Un sudor dulce cruzó dentre los mis ojos.

Yo soy Mandarino: el que nació con hambre.

DE LA PESCA

[QUE TRATA DE CÓMO LA DESAZÓN ES UN MONSTRUO ALIMENTADO DENTRE DOS O TRES O VARIOS MÁS]

Así era como hace un tiempo trajinábamos balsas al oleaje. El frío de la mañana calaba en la sangre. Me recuerdo abandonado a la intemperie de la canoa. Yo tenía los mis músculos flacos de la hambruna y mi Tío el Laucha remaba adelante con las últimas carnes que le quedaban. De vez en vez se daba vuelta para asegurarse de que los espineles siguieran amarrados a la proa. Las tanzas parecían dibujar en la superficie la torsión de una yarará.

Nos habíamos acostumbrado a que los anzuelos emergieran vacíos de dorados. Había veces en que alguna mojarra quedaba prendida por pura distracción y mi Tío el Laucha se enroscaba los sus pelos como insultando para adentro a aqueste río tan desgraciado.

Una de esas tardes mi Tío el Laucha acurrucó su embarcación a la boya y fumó un rato largo mientras yo hacía equilibrio en la canal. Vimos pasar un pesquero con todos los sus huesos al aire. Llevaba la su piel oxidada. Mi Tío el Laucha soltó de un escupitajo el cigarro.

¿Ves?

Me dijo. Y yo me dejé estar en la corriente.

¿Ves ahí esos hombres?

Y pude ver lo que me decía: unos cuerpos marrones acodados en las balaustradas, gimiendo al son de las olas.

¿Oís cómo chillan los sus corazones?

Y ahí no supe si mi Tío el Laucha me hacía una pregunta o en

verdad creía escuchar la rompiente en los pescadores.

Tenemos que zafarnos de todo aquesto.

Así dejó de decir.

Aquel día volvimos de la pesca con las nuestras manos vacías. Amarramos en la costa. Los hombros de mi Tío el Laucha rozaban la tierra de tan desilusionado que andaba. Dejamos los espineles en las canoas porque pensamos que a nadie se le ocurriría robarnos aquella herramienta inútil. Para qué ensuciarse las manos con un montón de tanzas carcomidas por las palometas.

Trepamos la barranca tanteando las piedras y en la cima nos esperaba el Loco Tréllez.

Mañana pescamos de lo lindo.

Dijo.

Fuera, fuera, Tréllez.

Mañana pescamos todo lo que le queda al río.

Pero si no le queda nada.

El Loco Tréllez sacó del morral una botella enredada en hilos y sogas y unos requechos de tanzas de diferentes colores.

Me armé un barrilete.

Es lo que dijo.

Le encastró una quilla y simuló el movimiento del barrilete en el Paraná. Recordé al dorado adosándose a los anzuelos y se me vino el gusto a la mi boca, tan cerca que casi lo pude tocar. Al instante, el sabor se me hizo igual al de la carne grasosa del pacú que por aquellos días comía los nuestros hígados.

Esa noche me acosté junto al fuego y soñé con el barrilete del Loco

Tréllez. Era otro más lindo, hecho de tanzas firmes y enceradas. El paso recto del barrilete seguía a la canoa de mi Tío el Laucha y viboreaba en unas aguas turbias como la piel de los pescadores. Una madera hermosa, bien lijada, que se me deshacía cuando la tocaba.

Todos los sueños se me deshacen.

DE LA PRIMERA FUNDACIÓN

[QUE TRATA DE LA AUSENCIA]

Son el fuego y la noche y la mansedumbre de los sauces cuando arisca la brisa.

El barrilete fracasó como todo lo que intentaba el Loco Tréllez. No prendió un solo dorado y de nuevo tuvimos que calmar las hambres con berenjenas y papas y unos tomatitos medio verdes que el Abuelo pescó dentre los camalotes. Lo peor eran las cebolletas, rudas como el cuero del anochecer.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, anduvo un poco retraído por aquellos días. Se había decidido por una ausencia triste y yo lo picaba para que me contara cuán frustrado estaba con toda la podredumbre que nos rodeaba.

Mi viejo callaba, callaba.

Y yo meta que te pico, que te pico.

Pero también se nos caía la noche y el fuego de las nuestras tripas amenazaba con salirse del nuestro cuerpo. Recuerdo que para calmar la angustia el Abuelo masticaba la corteza de un níspero. Cada mordida era un gesto de dolor. Pobre Abuelo, tantos años con el su lomo en crudo cargando redes y arrebatando azotes al sol para volverse, más tarde, aquella baba blanquecina que se maceraba dentre las sus comisuras.

No es que no me dolieran aquestas cosas: la distancia, la noche, el fuego debajo de la chapa que ennegrecía las cebolletas. ¿Cómo no me iban a doler? Pero yo andaba medio distraído y mi pensamiento viajaba hasta el barrilete del Loco Tréllez, emergiendo maravilla desde la profundidad de un río espeso, y me lo figuraba como una sirena corcoveando el atardecer: una sirena de agua dulce, tan hermosa como las pintan los descubridores de manatíes.

Y otra vez era la noche abriéndose paso, el fuego que empuja lo que resta de cuerpo.

Ahí quedan unas hojas secas.

Dijo el Abuelo entre bocados.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, removió las brasas con un palo de escoba y por fin se nos vino un trozo de calor. Frotamos las nuestras manos como esperando que algo nuevo saliera de la desolación.

¿Un fuego?

Apenas asomó una chispa dentre las piedras, roída por la hambre que arrastrábamos.

Esa noche aparecieron los cuentos del Abuelo para remedar la ausencia de postre. Siempre relataba con voz solemne y grave y trataba de acompañar con las sus manos la dificultad de las palabras. Nos hacía tanta gracia que es la única voz que le recuerdo.

ASÍ ES COMO DIJO EL ABUELO SOBRE NUESTRA FUNDACIÓN

[EN TINTA VERDE]

Allá por el centro, de cerquita la canal, anda el dorado como en su cuna, mecido por el compás de las sus branquias, arropado en las profundidades y hambriento de espineles. Si lo hubiesen conocido como lo hicimos hace tanto, este pueblo sería un molino que arrasa la intemperie con el batir del jolgorio. Si hubiesen visto al dorado en aquellos tiempos: ¡qué palabras! Un lomo dulce como las semillas de la sandía haciéndose agüita dentre los nuestros dientes.

Dicen las voces de los viejos más viejos que yo que antes, bien antes, llegaron unos hombres de pelo en pecho. Venían medio disfrazados, como para ir a una fiesta. Las canoas eran tan gruesas que les entraban vacas y toros y unas batarazas que se alimentaban de galletas. Eran amigos de ratas y otras alimañas que seseaban en los toneles. El mundo era ancho para los sus pies. Los mismos pies que vinieron a dar con el barro del Paraná.

Puro estanque de río.

Se ve que dijeron.

Porque lo único en que podían pensar era en el ancho río que se abre hacia el sur.

Qué asco el barro que se mete dentre los nuestros dedos.

Se ve que dijeron.

Porque no había más que mosquitos y unos campos cubiertos de matas y porquería.

Venían en unos barcos con detalles de mármol y cosas lindas adentro. Mucho más grandes que nuestras piraguas. Daba admiración ver cómo a su paso movían las olas de nuestro pobre

río. Y por ahí salió uno que tenía un telescopio para ver de lejos y cantó “¡tierra!” como quien canta un triunfo.

Todas son palabras del Abuelo.

ASÍ ES COMO DIJO EL LOCO TRÉLLEZ SOBRE NUESTRA FUNDACIÓN

[EN TINTA ROJA]

Habría que bajarlos a tiros a todos aquestos mierdas que vinieron a saquearnos las costas. Qué barriletes ni barriletes. No harían falta tantos trabajos ni tanta hambre de no ser por esos malandras asesinos de niños y viejos. Me gustaría figurar con palabras toda la sangría que extendieron por los montes y los arroyos: cascadas de sangre, si es que se me permite la expresión.

Lo cierto es que el río era para nosotros. El monte y los brazos más fuertes para abrazarlo eran nuestros. Hasta que nos ganó el derrumbe. Nos sacaron las últimas gotas de sudor de la nuestra frente y cada vez que me acuerdo, Mandarino, me da una bronca que se me sube por acá. Como para ir a buscarlos y romperles el alma, si es que la tienen.

Plantaron bandera, como quien dice aquesto es mío. Y hay que verlos ahora, todos remolones en sus ranchitos de material, haciéndose grandes a costa de las nuestras espaldas que se inclinan hasta el suelo para caranchear un trocito de espina y roerla con los nuestros dientes de muerto que nos deja el agua del Paraná. Se me entrecorta el aire de decirlo. Ahí están los muy señoritos, tan felices, sonriendo con todas las sus muelas y nosotros hundiéndonos en este pueblo de momias.

Así nos plantaron bandera.

Es lo que somos.

Todas son palabras del Loco Tréllez.

ASÍ ES COMO DIJO MI VIEJO, MI POBRE VIEJO QUERIDO, SOBRE NUESTRA FUNDACIÓN

[EN TINTA AGUADA]

Yo soy un hombre muy triste, Mandarino. Apenas me acuerdo de los días pasados en que tu mamá juntaba gajitos al sol. Vienen como esquirlas los recuerdos. Soy un hombre triste y solo, Mandarino, y ni siquiera puedo darte consejos para una vida que se me hace lejos.

Quien dice la palabra memoria me hace entrar en desconfianza. Hace tanto tiempo que ya no puedo asegurar quiénes éramos los otros. Los lugares no son claros. Nos hicimos de fragmentos, como quien quiere nombrar las cosas y dejarse arrastrar por ellas. Lo único que me queda es este modo de hablar al galope: un traqueteo gargariento que me humilla cada vez que desato la mi lengua. Se me dificulta la habla si me largo a contar. Por eso me quedo chito la mi boca y prefiero y elijo y decido que no.

Toda mi vida fui un hombre muy triste que nunca pudo encender un fuego. El respeto a los mayores me dejó estaqueado. Quedaron las mis manos blandas de tanto atar hilos a las muelas de los viejos desdentados que trataban de llenar con muerte los espacios vacíos. Hay veces en que me pregunto qué pasaría si cayera en el hueco que hay dentre una muela y otra.

Remoloneamos bastante, hijito, que ya no dan los nuestros párpados para izar banderas. Nos plantaron un descampado y rompieron los nuestros dientes para que todo lo dicho sonara a silbido. No hay hilos que puedan sostener tanto vacío.

Todas son palabras de mi viejo, mi pobre viejo querido.

Yo, Mandarino, Cronista Mayor del Desamparo, digo que es mentira cualquier fundación. Que nada puede fundarse sobre aqueste arenal de huesos.

II. PUERTO

DE LA ESCUCHA

[QUE TRATA DE UNA BREVE APARICIÓN]

El Loco Tréllez partió los panes para que los tostásemos en la parrilla. Hablábamos de la falta de gentes en el pueblo, de cómo se apagaron las voces por el camino de la costa y de cómo los cuerpos deshabitaron los ranchos. Mi Tío el Laucha señalaba la puerta sin trancas que antes había pertenecido a un viejo escribano de la capital. En su huida, no se había llevado siquiera el secreter.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, sacó dentre las macetas un poco de perejil, limpió el gusto a vinagre que había quedado en la su boca después del escabeche y dio un trago a la damajuana. Mi Tío el Laucha, en cambio, se había quedado pensando en las partidas. Mecía los sus ojos de un lado al otro del río.

Te digo que mañana va a ser lo mismo.

Dijo.

Mañana rompemos las redes.

Habló el Loco Tréllez. Nadie prestó atención.

Vamos a tener que ir pensando en un astillero.

Así es como dijo mi Tío el Laucha.

Pero el Abuelo golpeó la parrilla con el fierro que usaba para atizar las brasas y movió las sus manos como diciendo que no. Atinó a arrancar los sus pelos para significarnos un rapto de furia; apenas nos mostró unos tiernos arañazos que dejaron colorado el cuero de la su cabeza.

La tierra nos traga crudos.

Gritó.

Mucho frío. ¿Qué decir? El frío marea los sentidos.

Aquella noche sentimos el rocío sobre los nuestros hombros. Caminamos por la costa con afán de olvidarnos de la pesadumbre y seguimos el rastro de una estrella que aguijoneaba con insistencia los ánimos.

La tierra nos traga crudos.

Repitió el Abuelo, más sereno y triste. Nunca supe qué nos había querido decir.

La noticia de la Mansa llegó con uno de los grumetes que revoloteaba por el puerto en busca de embarcaciones. Era el tiempo del invierno y más que nunca aquestos tipejos se empeñaban en rascar un peso con sus gracias. Por aquel tiempo se había atiborrado la costa de morenitos que mostraban las teclas vacías de las sus bocas para atraer a los portuarios con la promesa del placer de los cuerpos. Los silabeos rotos querían formar la imagen de tierras lejanas, más allá del río conocido y más allá de lo que nuestras propias palabras podían imaginar.

Al atardecer me arrimaba al puerto y me dejaba estar hasta que la noche quemaba en las mis manos. Como si desenredara un entuerto, extendía la maraña de tanzas y después la giraba dentre los mis dedos hasta hacerlas un ovillo. Mientras, escuchaba la voz de los mulatos que, muy por el contrario, ensortijaban mis sueños.

Una tarde el grumete hechizó las nuestras orejas con paja e hizo arder en nuestros ánimos el cuento de una mujer

que cabalgaba en cueros por los campos.

Viene de una isla en la que todas las más son hembras y se abastecen juntas con la cosecha de los sus brazos. Isla de mujeres bravas, de cerquita del Entre Ríos, pasando la canal, ahí nomás de las barrancas.

Así es como dijo.

Era un vaivén de brazos el grumete. Quería contarnos de las piedras y de los bordes de la lengua con el silbido de un pulmón acatarrado; quería que supiéramos de lo gris enarcando las sus cejas; quería mostrarnos la distancia que nos separaba daquella tierra de mujeres alargando los sus hombros. El grumete trastabillaba las palabras y en su desespero no le daban las sus manos para señalar el mundo.

Supimos de las costumbres daquellas mujeres, del modo en que no conocen ninguna ley más que la de su voluntad. Supimos que no adoran a nada y van completamente desnudas como su madre las parió; que no tienen Dios ni Señor; que no son deidad ni señoras de nadie; que es su felicidad que las gallinas se alimenten por las mañanas y que el pasto no pinche cuando caminan descalzas. Supimos del trato que tienen con los pájaros, a todos los cuales conocen por sus nombres y por su canto.

El cuento del grumete fue como un pinchazo en el casco de nuestros padecimientos. El mulatito sonrió y dijo que pronto, bien pronto, llegaría la Mansa. Había escuchado, río arriba, que se venía una tormenta de piraguas en busca del dorado.

Volvimos a las casas con la buena nueva. Cada cual encendió su astilla de cuento y la desparramó por el pueblo.

Ya se acerca.

Le dije a mi viejo.

¡Pucha! ¡Qué fuego sale de los sus ojos!

Me entusiasmé.

Si supieras de la Mansa.

Dijo mi Tío el Laucha.

Te limpia los pacúes con una sola mano.

Así es como terminó de decir.

Esa noche soñé con un río parecido al nuestro. La mi boca me supo a tierra y me aventuré a la deriva de esas aguas. Yo me encontré con un mundo luminoso al borde del derrumbe, un mar de agua dulce hamacándose en el centro de un laberinto de brazos que salían de ninguna parte y de recovecos que se evadían hasta un monte impetuoso.

Yo me encontré con nuevas plantas, nuevos animales, nuevas gentes.

DE LAS ASPAS DEL MOLINO

[EN EL QUE SE INTENTA SIMULAR UN CHISPAZO]

Nadie dijo nunca la primera letra. La primera palabra:nunca. El Abuelo se inventa la imagen de una gran cadena.

Hay quien se cree el único eslabón.

Dice.

Entiendo que nos sugiere que la primera palabra, lo que se dice la primera, es cosa que mejor no deba pensarse.

¿Para qué?

Así es como pregunta.

Por depender de mi recuerdo, los comienzos de nuestro viaje son pasos en falso. Lo que digo es el fruto de los mis ojos y las mis orejas y daquestos los mis pies que de todo desconfían. Me viene el momento en que empezamos a recoger los cacharros y cargamos la parrilla, la hora en que ajuntamos unas maderas por si las dudas un fuego y nos aferramos a la escopeta, sostenida por una cuerda alrededor de los nuestros hombros.

Hicimos un ñudo con las camisas, el pantalón, los calzoncillos.

Hicimos un hueco para el mate de orejas oxidadas

y loza carcomida por el verde: un sapito que croaba dentre las nuestras manos.

Veo a mi Tío el Laucha, un poco más cerca de los alambrados,

aprestar los remos de la balsa que nos hará de Almiranta. Aquel armatoste trasladará los tantos kilos de papas, las cebollas y los ajos que por aquestos días son el pan nuestro. Hay también unas zanahorias flacas que pudo rescatar mi padre dentre los sobrantes del almacén. No mucho más.

Lija al agua la de mi Tío el Laucha, que carcome las astillas de los remos porque para dar una vueltita nomás, no es problema, pero a las pocas horas vas a ver que se te tiñen de sangre las mangas, Mandarino. Raspa y sopla mi Tío el Laucha, mientras uno de los portuarios le señala las imperfecciones del trabajo.

Ahí arriba.

Dice el hombre.

Te quedó ahí arriba.

Entonces mi Tío el Laucha sopla el polvillo en la su cara y lo manda a molestar a otra parte.

¿Por qué no vas a joder a otro?

Así es como dice mi Tío el Laucha.

El portuario encoge los sus hombros, limpia unas virutas invisibles de la su ceja como significando un desaire y se acerca a un grupo de gentes que hacen reunión.

Tengo para mí que es cierto que no hay una primera letra.

Vernos así es cosa de no creer: se arrima un desierto de pacúes a los nuestros pies; se desempotran los recuerdos que cuelgan de los estantes; se deshacen las casas y los huertos y las redes. Pero es muy difícil decir cuál fue el golpe de aspa que hizo girar el molino de viento. Si todo aquesto junto o acaso los estómagos que hicieron eco dentre los portuarios y pescadores. O por ahí el momento en que mi Tío el Laucha me dijo –así como si fuese de la nada, pero en realidad no, en realidad tantos eslabones y cadenas antes–: Mandarino, hay que escapar daquesta tierra apestada.

Pudo haber sido también la voz que hablaba a través del fuego.

Acá estamos. Ninguno se anima a mirar por encima de las barrancas. Es puro silencio este ir ajuntándose de los cuerpos, este paisaje de ruedas encalladas. Más allá están las casas, ahora vacías, que ni lástima nos da dejarlas. Ya saqueamos todo lo que nos podíamos llevar. Todo lo que nos ataba a este pedazo de tierra está ahora meciéndose debajo de unas lonas.

Nacimos al mundo en la distancia. Un parto inmenso. El dolor vino antes. A tiro de piedra daquesta partida.

Como si nos dijeran: "¡A correr que vamos a silbar las sus cabezas!".

Como si nos gritaran: "No hay más tierra que los cacharros bajo la lona".

Como si nos señalaran: "Aquesta que habla es la voz del fuego".

Está acá.

Así es como dice el Loco Tréllez y revuelve los sus ojos como para hacerme entender que es hacia el tumulto de hombres y mujeres que nos dirigimos. Desde la espesura del chocar de brazos y hombros se empieza a discutir el rumbo que tomará nuestra expedición.

Me doy cuenta de que no hay un centro en el que descansar la mirada. Me acomodo cerca de la espalda de un portuario y detrás del mentón del Herrero. Aguzo la mi oreja para distinguir las palabras y entiendo que la discusión busca definir hacia dónde enfilaremos las piraguas apenas caiga la noche. Algunos dicen que lo mejor es alejarse de las costas del Entre Ríos. Me hermano ante ese resquemor, cómo no hacerlo, si allá nos esperan ansiosos para adobarnos.

Lo mejor es ir vadeando la costa.

Dice el Herrero.

En eso también estamos de acuerdo. Hay que irse en silencio y no hacer mucho espamento. Acaso bordear los ranchos de los isleños, sin ahuyentarles la pesca, y perderse detrás de las Islas Lechiguanas.

Eh, Mandarino.

Escucho que dice el Loco Tréllez.

Ahí está. Mirá. Ahí está. Mirala, Mandarino.

La Mansa había llegado la noche anterior capitaneando una flota de piraguas y canoas. Las mujeres que la acompañaban habían dormido en sus embarcaciones. No quisieron pisar tierra. Algunas traían a sus crías en los sus brazos y otras las cargaban a las sus espaldas como bolsas de papas. Hicieron puerto y dejaron correr la noticia de que habían venido a buscarnos, que nos hiciéramos al río con ellas, que ya nada había para nosotros en aqueste pedazo de tierra. La voz de sirena daquestas mujeres llenó la noche de un monte espeso.

La Mansa despega los sus pies de la canoa, salta a la costa y se hace eslabón en los nuestros cuerpos.

Yo creo que hay que vadear la costa, pero no enfilar para el Entre Ríos.

Así es como nos marcó el camino.

Entonces el puerto comenzó a llamarnos y el golpe de las lonas y de los cacharros simuló el canto de la Porá. Escuchamos el quejido de los clavos y de las sogas y de las olas golpeando contra las embarcaciones. La Mansa nos señalaba un destino: el de poner en movimiento un monstruo de madera que se iría astillando con cada braceada.

DE LA MÚSICA

[EN EL QUE SE TRADUCE EN PALABRAS DAQUESTE MUNDO EL CANTO DE UNA BARRANCA]

Nos vamos.

La costa arde en manos y piernas.

Los gritos se enroscan en los mástiles.

Que nos vamos.

El crujido de las maderas adormece

a los que esperan en sus canoas.

Nos vamos.

Río adentro el pueblo a cuestas,

las velas encendidas por los vientos.

Río adentro el pie descalzo

de la Mansa es nuestra guía.

Río adentro el ansia de un día feliz,

el cantón insólito del Paraná.

Río adentro la primera palabra

que robamos a la memoria.

Río adentro aquesta isla de madera

que hace pueblo en el dorado.

Río adentro nuestros sueños.

Nos vamos.

III. DERROTA

DE LA PARTIDA

[EN EL QUE TAMBIÉN PARTEN OTROS PEDAZOS DEL ALMA]

Cincuenta somos. Cien brazos que carcomen la superficie del Paraná. La costa está tan cerca que casi la puedo tocar. No me atrevo a decir que emprendimos el viaje. Dejamos los palos de amarre a la intemperie como un último resguardo por si las dudas un día decidiésemos volver. Imagino los camalotes arrimándose a las orillas y trenzando las sus extremidades a los postes. Serán el testimonio de nuestra partida, el monumento que señale el comienzo de la expedición río adentro.

Cincuenta somos. Más o menos. A nadie se le ocurrió censar. Todos estábamos invitados a abandonar las casas y venir a probar suerte. Almas flacas que calman sus hambres devorando el agua un poco marrón, otro poco celeste. El Paraná nos oculta su fondo –¡cuánta generosidad!– para que no sepamos hasta dónde podemos comer.

Viento leve que sopla en la mi nuca.

Una frazada a cuadros cubre las piernas de mi viejo, mi pobre viejo querido, que moquea en los rincones de la piragua. Ladea la su cabeza, como si buscara el sueño. Son las sus muñecas un pañuelo pegoteado por la distancia que se abre dentre nuestra embarcación y la costa. En su recuerdo deben de estar presentes las puertas de los ranchos abiertas de par en par, los postigos sin candados empezando el lento camino de la herrumbre.

Bueno, bueno, que se nos inunda la piragua.

Así es como dice mi Tío el Laucha.

Mi viejo hace que no con la su cabeza, que nada más lejos, como si los sus ojos, en realidad, hubiesen sido golpeados por el viento a

bolina. Lo dejamos estar porque también a nosotros se nos estruja el nuestro corazón de verlo tendido sobre las costillas de la embarcación. Decidimos mirar las nuestras manos por no ver lo que viene adelante.

Cincuenta somos. Tenemos enredados dentre los nuestros pies los ñudos de ropa que dejaron las alcándaras vacías. ¿Volverán aquellos muebles a albergar los pantalones de trabajo y los borcegos punta de acero?

Por todo aquesto mi viejo, mi pobre viejo querido, llora, acá nomás, en el fondo de la piragua, y se convierte en la última tanza amarrada a lo que fuera nuestro hogar.

El viento nos arrastra despacio. No tenemos siquiera que sacar las nuestras manos de los bolsillos para empuñar el remo. Es una enorme deriva la nuestra. Da impresión ver a tantos hombres y mujeres amuchados dentre las maderas.

Más adelante La Almiranta marca un rumbo azaroso.

Apenas se ve el lomo de la Mansa que guía con paciencia la expedición. Parece dar indicaciones al Herrero y a una de las mujeres que vinieron con ella y que armó un sextante con lo que tenía a mano.

Dos o tres piraguas se arriman alrededor de La Almiranta para custodiar los víveres y el fondo común de alhajas y relojes y pesos que pudimos ajuntar. Mi viejo, el Abuelo y yo nos pasamos la noche pelando cables en el galpón para aportar unos cuantos kilos de cobre al botín. La ofrenda fue recibida con algazara. Algunos vecinos decidieron seguir nuestro ejemplo y corrieron a sus casas para destripar los enchufes y los faroles y picar las paredes en busca del metal.

Guardé una parva de papeles que viajan conmigo.

Ahora que lo pienso, debe de ser por el Abuelo que mi viejo se acurruca en popa. La piragua viene ligera sin el peso de su bastón.

Allá en la costa, el Abuelo acarició la mi cara y el mi pelo. Me dio un beso que trajo el gusto dulce del ajo retenido dentre los huecos de la su dentadura. Habló con el eco de la respiración.

Aquesto que sigue es lo que me dijo el Abuelo antes de la partida.

Que se me hace tarde, Mandarino, y tengo que regar las azaleas. Hay que invernar el tomate porque no va a aguantar la helada. Que se me hace tarde y el frío castiga los mis huesos. No puedo abandonar mis pájaros, mis gallinas, mis perros. ¿Quién le va a acariciar el hocico al tostado? Extrañaría mucho a los grillos daqueste pueblo. Me haría mucha falta mi catre y mi pava y mis troncos apilados para la salamandra. Hay gentes que quedamos afuera.

Así es como dejó de decir.

La cosa es que el Abuelo estaba muy cansado. La su pierna renga se le negaba a dar los pasos de barro que iban de la costa hasta la piragua. Alguien tenía que cuidar a nuestros muertos.

Para mi viejo fue un poco más complicado. Navegar sin sombra pesa en el cuerpo. Se acercó al Abuelo y contuvo las lágrimas que ahora ruedan todas juntas. Habló mi viejo, mi pobre viejo querido, con la mesura de la voz echa un junco recostado contra la cuneta.

Ni siquiera sé prender un fuego.

Le dijo.

Cuestión de maña, nomás.

Respondió el Abuelo.

No sé cómo apuntalar los surcos ni ahuyentar las calandrias.

Es tiempo, nomás, mi hijito.

Nunca pude embocar la tanza en el ojuelo del reel.

Paciencia, hombre, paciencia.

Tengo el mi corazón débil y las mis manos como encremadas y el mi cuerpo es una bandera toda desmigajada.

Los golpes: vas a ver lo que son los golpes.

Soy un hombre muy triste, pa.

DE LOS SILENCIOS

[EN EL QUE SE TRATA DE UN SUTIL VAIVÉN]

El andar daquestos días es a los tropezones. Alimentamos los nuestros estómagos con el polvo de unas galletas que la panadera cocinó para las primeras jornadas. La masa se hizo trizas apenas el golpe del río picado.

Nos acercamos hasta La Almiranta para pedir nuestra ración. Venimos demorados porque mi viejo todavía sigue con el contagio de la tierra y el movimiento mínimo de las olas lo marea. Por eso quedamos al final de la hilera de canoas y piraguas. A nosotros nos tocó lo que pudo rascar la cocinera del fondo del arcón. Una mezcla de harina y astillas y mierda de rata.

La hora que más me gusta es la del amanecer. Recorro con la mirada las canoas, los bultos que duermen debajo de las frazadas, el bamboleo de los cuerpos que se arrejuntan para soportar el frío de la noche. Atamos las embarcaciones unas con otras para sentirnos menos solos. A aquestas horas, el ronquido de mi Tío el Laucha es el único motor que mueve nuestra canoa.

Allá, más lejos, se me aparecen las costas del Entre Ríos.

Mandarino, es mejor que dejes los papeles de los muertos a la corriente.

Así fue como dijo mi viejo, mi pobre viejo querido, anoche, después de aspirar las migas de las galletas. Tengo para mí que papá está tratando de desañudar las sogas.

Más que nada me gusta el color del cielo, como si fuera abriéndose

en lila mientras roba poco a poco un pedacito a la oscuridad. Y por ahí unas nubes bajas, tan cerca que casi las puedo tocar: nubes marrones contaminadas por el agua del Paraná.

Entonces la tierra despierta.

La tierra suena al desperezar de las cotorras.

Llamamos cotorras a unos animalitos desgraciados que nunca pudieron venirse en loros. Tienen el su plumaje verde como el de ciertas aves que habitan en zonas tórridas, pero de un verde que se desluce por el fondo también verde de las islas. Si tuviera que decir, pero tampoco que esté muy seguro, es como si el paisaje se las tragara.

Vadeamos las Islas Lechiguanas cuando empiezan a distinguirse las nuestras caras. La Mansa se asoma a la popa de La Almiranta. Desde mi canoa, veo cómo nuestra capitana estira los sus brazos. Atraviesa con la mirada este enredo de maderas y fierros y hambre. Cierro los mis ojos para que no me descubra, me zambullo en un recoveco de la embarcación y espío por dentre los agujeros de la frazada.

La Mansa se deshace de cada prenda como si se tratara de un ritual.

A lo primero se baja los pantalones manchados de carbón y después se desprende la camisa de a un botón por vez. Desentumece los sus dedos con cada ojal. Veo el cuerpo desnudo de la Mansa sumergirse en las aguas heladas del Paraná. Lentas, para no chapotear el sueño de los navegantes, desaparecen las sus piernas en el fondo. Unos instantes más tarde, el su torso. Suceden unos segundos en que el vaivén de la corriente marea la mi cabeza y entonces sí, el horizonte son los pezones de la Mansa que hacen plancha sobre la superficie del río.

Desde el cobijo de mi manta imagino un mundo dentre esas cimas. La redondez –o la idea de la redondez– nos empuja a un mundo tomado por orillas y árboles en el que el cuerpo de la Mansa oficia

de mascarón. Imagino, así, tan cerca que casi lo puedo tocar, un paraíso terrenal que hace nido en el pezón de nuestra capitana.

Aquesto es lo que trae la rompiente del amanecer.

Y se me da por pensar que pobre mi viejo, porque nunca más podrá hacerse sábalo dentre tantos bagres; pobre mi Tío el Laucha, que tiene que aplacar con sus ronquidos la soledad daquestas aguas; pobre de mí, Mandarino, que nací cuis dentre los peces. Pobres de todos nosotros, queriendo robarle un pedazo de lila a aqueste fondo que nos traga como si fuéramos cotorras.

La Mansa vuelve a trepar a la embarcación y se recuesta desnuda sobre las maderas. Me pregunto cuántos ojos estarán haciéndose los dormidos debajo de las frazadas.

Unos minutos más tarde todo es movimiento dentre los nuestros. Las sogas empiezan a recogerse y vuelven a jugar los nuestros brazos con las redes. Cuando el griterío

amaina, acerca su velero el Loco Tréllez y dice que más allá deben de estar los dorados.

Qué vas a saber vos.

Dice mi Tío el Laucha.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, se arrastra dentre los cacharros y las sogas y se viene junto a mí.

Mandarino, no quiero ser pesado, pero lo mejor es tirar los papeles porque se nos hunde la canoa.

Así es como me dice.

Me doy cuenta de que venimos al ras. Con una lata de duraznos intento sacar el agua. Mi viejo, mi pobre viejo querido, ayuda como puede. Entiende mejor que nadie a aquellos que todavía no pudimos desprendernos de la tierra y abrazamos anclas para no marearnos. Raspamos juntos la madera hasta encontrar cuatro agujeros

pequeños. Mi Tío el Laucha emparcha las zonas resentidas por el trajín.

Como para ir tirando hasta que hagamos costa.

Dice.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, encoge los sus hombros. No sé si desconfía de nuestra pericia o de la idea de que algún día pisemos tierra. Levanto la mi cabeza y veo el vaivén de nuestra expedición. La Mansa, arremangándose la camisa, habla con algunas mujeres y señala un punto al otro lado de las Lechiguanas. Oigo la risa del Loco Tréllez romper a las mis espaldas. Siento la respiración de mi viejo acompasada con el cauce del río.

Tengo para mí que arrastramos, cada cual, un paraíso terrenal.

DE LOS MÁRGENES

[QUE TRATA DEL DESENCANTO Y DE LA TIERRA CONOCIDA]

Un camalotal se trenza a La Almiranta. Hace rato que lo sigo con la mirada. Parecía que iba a seguir viaje, absorto en la corriente, pero detuvo su marcha en un remanso y ahora se prende a nuestro andar como una pequeña isla que chismosea a través del silbido de las sus hojas.

¡Pero qué animal filoso es el recuerdo! Escucho la voz del Abuelo contando de la vez que hizo puerto en nuestra costa un camalotal embrujado. Lo siento tan cerca y fuerte que casi lo puedo tocar. El Abuelo decía que el camalotal había traído en las sus enredaderas una maravilla. Todo el pueblo se había acercado a ver qué era lo que pasaba. Las sus hojas se movían con violencia. Demasiado brío en las sacudidas como para achacárselo al viento de septiembre.

Para mí que hay algo.

Dijo uno.

Los demás sostuvieron el silencio para no dar nombre a lo que dentre las hojas se revolvía. Entonces, decía el Abuelo, vimos estallar ese camalotal en mil, dos mil, incontables trozos de camalote que huyeron río adentro, como cuando se aplasta a una araña repleta de crías.

Solo el Abuelo volvía una y otra vez a aquella historia. Para los demás, era cosa que mejor no hablar. Muy a lo contrario, a mí me toca decir la impudicia daqueste camalotal que arroja su ancla a lo profundo y tengo que angostar la mi lengua a la breve estela, cada vez más inmóvil, que deja La Almiranta para señalar el tironeo que nos desanda el camino.

Un manojo de lianas se prende a nuestra expedición y esa sombra nos convierte en un monte rastrero. Si torciera la mirada o intentara

girar el mi cuerpo en dirección a las olas que deja nuestro andar, lo más seguro es que todavía pudiera divisar el puerto del que zarpamos. Si aguzara las mis orejas para alcanzar la lejanía, tal vez podría escuchar al Abuelo hablar daquel camalotal que parió islas diminutas.

Por miedo a tentarme con los restos, hago que a mi brida le crezcan orejeras.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, raspa con las sus uñas la mugre de las ropas y lanza, de vez en vez, suspiros que alborotan a los peces. Hace rato que esconde la su cara; sabe que todos estamos atentos al suspirar.

Y él dale que te suspira, que te suspira.

Y nosotros que bueno, que ya está bien, que tampoco vamos a estar todo el día con ese ánimo.

Mi viejo se acoda a los bordes de la canoa y espía de reojo el despuntar de brazos y piernas.

Está fresca la mañana.

Avanzamos por inercia. Médanos de agua se arriman a las embarcaciones. En aquestos días aprendimos que hay que andarse con cuidado: una ola podría hacerse con las pocas reservas que tenemos desperdigadas dentre los botes. Así que sujetamos las latas, emparchamos los cajones, ajuntamos el contenido de los frascos y atamos los toneles para que no se tumben con el movimiento de la balsa.

Nuestra flota suena a cacharros.

Hay que pasar el tiempo de la espera. Como si el nuestro cuerpo se empastara con el río y no hubiese más que mirar: están las olas y los jirones de camalotes y los remos que descansan en los nuestros muslos y La Almiranta que añuda las sus velas para dejarse estar.

Más allá.

Así es como dice mi Tío el Laucha cuando pregunto dónde vamos.

Confiamos en la Mansa, nuestra capitana, para que nos lleve más allá.

Pero más allá, ¿qué? ¿El final de la tierra conocida? ¿Las fronteras que detienen la eslora con su precipicio? ¿Qué cosa más allá? Habrá que estarse tranquilo y dejarse marear. Por no ser hombre de enredos, guío nuestra canoa hasta la orilla y dejo que el río mismo nos acerque hasta la costa. Pienso en lo fácil que sería sumergirme y dar dos o tres brazadas, o tal vez hacer pie, y plantar huella en aquel suelo vidrioso. Tan fácil que los frascos y los cajones y las latas y los toneles se volverían una ilusión pegajosa y apenas sobrevivirían en el recuerdo como costras del padecimiento. Porque tengo para mí que nunca dejamos de espetar los temores al fondo del arcón. Los guardamos ahí mismo, dentre las últimas migajas de los panes duros y mohosos que ahora cumplen su destino de carnada.

Mi Tío el Laucha se acerca y me trae la noticia –pero vaya uno a saber si es verdad– de que ahí nomás están las costas del Entre Ríos. Señala con el su dedo el monte, como queriendo atravesarlo con la pura insistencia.

Hay que dejar atrás aquestas islas.

Dice.

Hay que bordear la tierra hasta el final de su molicie y entonces sí, Mandarino, ahí mismo se llega a un Paraná igual de marrón y a unas islas igual de espesas y a unas gentes igual de silenciosas.

Así deja de decir.

Mi Tío el Laucha baja el su dedo. Está cansado. La idea misma de hallar un pasaje le resulta fatigosa. Acaricia con la su mano el borde de la isla y me dice que las lenguas aseguran –¡pero qué desparpajo!– que el Entre Ríos brota en solares de hombres, mujeres y niños que duermen la siesta al amparo de los tilos y que, desde el

rechinar de sus mecedoras, imitan el movimiento de una hondonada abriéndose en los sus pechos.

Es tierra de abundancia que fecunda amoríos dentre las aguas, Mandarino. Es cuna de la ausencia de esa ponzoña que llaman valentía.

Así es como dice mi Tío el Laucha.

Yo pienso en el Entre Ríos como un arenal que espeja, deforme, la alegría de un puerto. ¿Qué más se puede desear? Vivir a la vera de una siesta continua.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, levanta la su cabeza. Tiene los sus ojos livianos, como de recién venido. Pareciera haber escuchado nuestra charla desde una isla propia.

Mandarino, yo lo que creo es que uno tiene que encontrar su pedazo de existencia.

Así es como dice.

Hago que sí con la mi cabeza. Quiero decirle que es solo un mareo lo que me volea. Nada más. Que es el desconcierto de una larga travesía aqueste barro dentre las mis manos. Quiero decirle que tuve que agarrarme a la ilusión de un sextante que marcara un punto fijo más allá del Entre Ríos, más allá de los faros de la Santa Fe; que ya se me va a pasar; que busco el camino en un mapa de estrellas para que nos arrime a una nueva guarida.

Entonces mi viejo toma los remos por primera vez en todo el viaje y empuja con prisa nuestra canoa hacia La Almiranta, desañuda el camalotal y lo devuelve a la corriente.

DEL TIEMPO QUE HACE

[EN EL QUE SE IMITA LA HABLA DE LOS REMANSOS]

¿El jugo de qué fruta salpicó aqueste horizonte? Se me hace un derroche con la hambre guadañosa que nos aqueja.

En aquesta profundidad de frazadas y lonas y papeles nos cubrimos de la lluvia que salpica de los sauces. Asistimos nuevamente al despunte, como si toda nuestra marcha no fuera más que un rodeo para llegar a aqueste cielo rosado. Así replegamos velas como centinelas entumecidos y nos abandonamos al placer de lo quieto.

Con los mis ojos vi la estrechez de las mantas y con las mis orejas sentí el roce de las vestiduras y con la mi propia boca hablé una lengua titilante.

El cielo anuncia helada.

Mi Tío el Laucha enciende el primer cigarro del día. Aguanta el humo y después se lo echa en las sus manos. Por dentre los sus dedos se le escapa una pequeña fogata. La cosa es que mi Tío el Laucha da una última pitada y arroja el cigarro al agua y el cigarro flota a la par de nuestra canoa y al rato nomás se hunde.

Mi Tío el Laucha toca la corteza del río con el su dedo.

Está que pela.

Dice.

No me sale la risa.

Desde las sombras, la Mansa ordena que las embarcaciones se

acurruquen.

Vamos, vamos, que se nos vean las nuestras caras.

Grita la capitana.

Y entonces las canoas y las piraguas se arriman a La Almiranta con lentitud y las maderas se frotan las unas con las otras y los remos se confunden de manos. Lo primero que asoman son las nuestras narices dentre bufandas, echarpes y mantas que ocultan los nuestros cuerpos.

Pienso que mirarnos calienta y que lo debe de tener muy en la su cabeza la Mansa porque no deja de buscarnos los nuestros ojos cuando al fin empieza a caer el rocío y el sol es todavía esa cosa tímida que no quiere romper con la espera.

Mirarnos calienta y no hay más que roer hasta encontrar el principio de una mano que se asoma dentre la frazada o recorrer un brazo que hace bulto bajo la tela y escalar hasta la axila.

El cuerpo se nos vuelve pedazos.

Mirarnos calienta. Nos conformamos con un instante de piel. La Mansa sabe que toda su capitanía depende daqueste mirar y entonces enciende una hoguera: el vaivén de la embarcación le descubre uno de los sus tobillos. Con los golpes de la correntada el su tobillo se va haciendo cada vez más pierna. El festín de cuero que se yergue en torno a la Mansa nos aguijona el ánimo y hundimos con disimulo los remos para que el oleaje acune a la balsa mayor.

Una respiración, acá cerca, tan cerca que casi la puedo tocar, me huele a manzanilla. Cierro los mis ojos y son una, dos, tres, cuatro las manos que abordan como piratas mi canoa y me encienden desde la oscuridad. Tanteo las frazadas de una embarcación vecina, escarbo en el desierto de una manta áspera y arenosa y pienso, ahora sí, que no estaría mal que la mañana se demorase un poco más.

Quisiera poder explicar la primera navegación de las sangres al comienzo del día; lo único que me sale es este vapor dentre los mis dedos, aquesta fogata que agoniza en las mis manos. Y tan lentamente se arremanga la Mansa que ni siquiera nos enteramos en qué momento el cielo deja su suave tono frutado para estallar en un topacio.

Nos quedamos un rato largo viendo cómo esa esquina en que se encuentran el brazo y el hombro de la Mansa simula las aletas de un mandubí. ¡Qué osadía! Una sirena de agua dulce. La sirena Mansa hace eslora con el su cuerpo. Entonces desnuda una aleta rosada como todo este horizonte y busca reposo en los nuestros ojos. En aquesta nervadura hallamos una profundidad roída por la belleza.

Nuestra capitana hierve y en su hervor nos contagia el movimiento, puro charco que asemeja a aquella fuente que le oí mencionar a uno que llamaban Juan: por la mañana era tan fría que los bebedores congelaban los sus dientes y las sus encías, por las noches abrasaba las sus gargantas.

A veces tengo para mí que este Paraná nos ha dejado encallados, que aqueste río es sólido, como quien dice, y solo nos queda esperar el deshielo.

DE LOS MIEDOS

[EN EL QUE SE TRATA EL HORROR NOCTURNO DE LAS COSAS]

Mi viejo, mi pobre viejo querido, hace equilibrio a babor; el su cuerpo, ensombrecido por la noche, estalla con cada relámpago. Viene tormenta y nuestra flota arremete contra la calma de alrededor. El griterío despierta a aquellos desprevenidos que todavía no se enteran de la cercanía del desastre. Escucho a la Mansa dar órdenes a una piragua que se aleja demasiado y la veo recoger con presteza las velas de La Almiranta.

No es tiempo de andar entumecidos.

La cosa es que mi viejo hace equilibrio a babor con los sus brazos extendidos y no puedo dejar de mirar cómo su figura erguida me rompe la noche en pedazos. ¿En qué barro hundió su anclaje para estarse así de firme? ¿De qué recoveco sacó la fuerza? Ahora mismo apresta un alero que debería guarecernos de la lluvia. Vaya uno a saber qué hizo que le volviera la color al su cuerpo. Se lo ve agitado, eso sí, pero por tantas jornadas que anduvo tirado dentre las costillas de la canoa. Sus pasos, de una punta a otra de la embarcación, apenas dejan estela. Sus movimientos son calculados y justos. Tengo para mí que esa es la manera en que el río moldeó su instinto. En los tantos años de pescador debió de encontrar un rescoldo de ánimo en la inminencia de la catástrofe.

Pregunto qué es lo que se puede hacer. Lo digo al aire, como queriendo disculpar mi torpeza. Mi Tío el Laucha parece estaqueado a la canoa.

Mandarino, no sé cómo saldremos daquesta tormenta.

Así es como me dice.

La palidez de mi Tío el Laucha reluce contra el fondo oscuro de las islas.

Vos quedate ahí nomás, Mandarino. Preparate por si pega el viento.

Grita mi viejo.

Apoya su peso en uno de los remos como si fuera un bastón. Se parece tanto al Abuelo que me duele de solo mirar. Atino a levantarme y ahora soy yo el equilibrista. Desde esa nueva altura veo el remolino que alimenta nuestra flota. Las sogas vuelan de una canoa a la otra, pasan por encima de las nuestras cabezas y los hombres gritan que por acá, que acá falta más soga. La Mansa revolea los sus brazos señalando a un lado y a otro y las mujeres recogen todo aquello que está suelto. Cada uno añuda su embarcación a la del vecino. La Mansa sostiene la punta de una soga y la amarra a la balsa mayor: nos volvemos una gran telaraña que cuelga de La Almiranta.

Acá estamos, mitad gentes y mitad madera, arrastrando los nuestros cuerpos dobles por el Paraná. Ya casi no recuerdo cómo era estarse en pie.

Chispea sobre nuestra expedición. Las gotas tajean las nuestras caras. Entonces tenemos que cubrirnos y levantar los toldos y estirar las lonas y escondernos debajo de los pilotos hasta que pase la cerrazón. Estamos en medio de una prieta nada, de un río tan silencioso y quieto que me dan ganas de sumergir la mi mano para tomarle el pulso.

Escucho la voz temblorosa de mi Tío el Laucha decir que aquesta tormenta nos va a volar. Mi viejo, mi pobre viejo querido, dice que no exagere, que aquesta lluvia es puro espamento. Llegan los ecos de los primeros truenos y el río acompaña esa música con una rompiente serena que hace apretar los nuestros puños.

Chispea sobre nuestra expedición. La Mansa no ha querido cubrirse en lo que va de noche. Prefirió quedarse parada en la proa, enfrentándose a los relámpagos cada vez más intensos. La primera de nosotros. No ha dicho una sola palabra en el último rato, apenas unas quejas secas que fueron a dar contra el ánimo de un grumete que había roto a llorar.

Que se calle. No me deja pensar.

Así es como dijo nuestra capitana.

Y el grumete se mordió las lágrimas.

Los relámpagos golpean contra unas nubes bajas. Contamos uno, dos, tres, cuatro, cinco, para nuestros adentros hasta que el trueno dispara el grito. Y más tarde una tregua de unos pocos minutos en los que se oye el consuelo de los padres a los hijos.

El cielo se desmorona.

El viento nos arrea hacia la profundidad de la noche. Una ola picotea las mis piernas y me arroja a estribor. Siento que la mano de mi Tío el Laucha aprieta fuerte el mi hombro.

Mandarino, nos lleva.

Dice.

Quedo tendido de cara al cielo y la lluvia me enceguece y me desorienta. ¿Qué cosa es este mareo? ¿Qué cosa, tío Laucha?

Nos lleva, Mandarino.

Desde los coronillos nos auguran malarias las cotorras guarecidas del vendaval. Quisiera tapar las mis orejas para no escuchar el canto obsceno de las islas. Quisiera que este concierto de cascabeles y flautas y tamborinos detuviese su medrosa arenga.

La Almiranta viene desbocada y rebota de una costa a otra. Mi viejo, mi pobre viejo querido, inventa un timón con el remo y desde el improvisado alero dirige nuestra embarcación. Me abraza y yo abrazo a mi Tío el Laucha y los tres nos abrazamos y las sogas que nos unen a la flota se tensan y es todo aqueste, nuestro mundo, un gran abrazo que nos damos para no ser devorados por la tormenta.

Lo que vimos hacer a la noche fue cosa señalada.

Ahora nadan, frente a mí, los restos del atropello. Mi viejo tenía razón: la lluvia fue arreciando hasta convertirse en una selva espesa y más pronto se volvió una cortina molesta que picaba en el nuestro cuerpo.

Lo cierto es que en el vaivén de la tormenta una de las balsas que llevaba al Cerrajero y a su familia dio contra unas rocas. El cuerpo de una de las criaturas apareció por la mañana. Venía tan desfigurado de los golpes que había dado contra las barrancas que apenas se lo podía reconocer. De los demás no tuvimos noticia más que aquestas maderas que flotan como ahogados, con las panzas arriba, mostrándonos las vetas de lo que alguna vez fue parte de nuestra expedición.

La Mansa se trepa a uno de los mástiles. Nuestra capitana está devastada. Mueve los sus ojos de un lado a otro de la flota y nosotros escondemos los nuestros por temor a que vea el sufrimiento.

La tormenta nos tragó a unos cuantos.

Dice.

Pero todas las palabras suenan huecas después del escándalo de la noche. El Paraná nos había costado los primeros muertos y ni siquiera parcela teníamos para enterrarlos. Quedaron condenados al ir y venir del río.

A mí lo que me parece es que vamos a tener que empezar a descubrir tierra.

Así es como dice la Mansa.

Yo, Mandarino, tengo miedo.

IV. DIARIO

Miércoles

Podría haber sido la Mansa, capitana que es de nuestra expedición, quien diera voz de alarma a los navegantes. O por ahí alguno de los serenos el que divisara durante la madrugada un punto luminoso a lo lejos y que aqueste punto se hiciera cada vez más fuego. O podría haber sido yo, Mandarino el Cronista, quien anunciara a los durmientes la cercanía de la tierra.

Pero lo cierto es que la costa se nos apareció sin escándalo. Una porción de barro que amaneció a un costado, como si siempre hubiese estado ahí.

La voz cansada de la Mansa nos indicó que era el tiempo de estirar las nuestras piernas.

Tengo para mí que aquestos días llevan la color de mi tristeza.

No hubo jubón de recompensa, ni pañuelo de bordes dorados. No hubo camisa de algodón, ni calzoncillos de seda. Nada con qué premiar el avistaje.

Hallar tierra no es mérito.

Todo el alrededor es tierra.

Jueves

Tanteamos las aguas con timidez. No nos animamos. Nos ataca la vergüenza. Escondemos las nuestras piernas para no tener que salirnos.

Recorro la isla desde mi canoa. Busco alguna marca que diferencie

aqueste hilo de monte y barro de los tantos otros que cruzamos en nuestro viaje. Los mismos árboles, los mismos pájaros, la misma espesura que nos ñubla la vista.

Mi Tío el Laucha dice que no hay apuro, que acá arriba se está bien, que un día más no le va a hacer mal a nadie. Se cubre con la manta y cierra los sus ojos, como quien muestra la espera.

Viernes

Los primeros en abandonar la piragua son dos muchachos de un pueblo vecino que se habían aquerenciado en la expedición. La partida los había encontrado remoloneando en el astillero y, sin más que hacer, decidieron acompañarnos.

Mi Tío el Laucha y yo los espiamos, acodados a babor, mecidos por los últimos empujones del río picado. Mi viejo, mi pobre viejo querido, nos da la espalda. Mira hacia atrás, hacia lo que dejamos en el camino.

Qué quieto está todo.

Dice.

Los sus ojos buscan otras costas y preferimos hacer que no lo oímos. Tengo para mí que debe de estar imaginándose al Abuelo, tan solo en el pueblo y nosotros acá, no pudiendo hacer nada con este hedor a charco que mana dentre las nuestras manos.

Es sabido que –cuestión de puertos– el desarraigo se manifiesta en las pieles ajadas de los navegantes y el avistaje se intuye en la rotura de las carnes. En los puertos, como quien dice, se vivencia pura despedida.

Por eso no puedo llamar puerto a aquesto que miramos desde la canoa. Mi Tío el Laucha se resiste, levanta el alero y se apresta a

pasar otra noche sin hundir los sus pies en el barro. Acá nomás, en la costa, los dos muchachos encienden un fuego y hacen señas con las sus manos para que nos acerquemos.

¡Eh, eh!

Gritan.

Vemos cómo agitan los sus brazos y saltan para mostrarnos que es tierra firme la que pisan.

¿Por qué no bajan?

Así es como preguntan.

Entiendo que para algunos es más fácil la idea del desembarco.

Sábado

Amaneció aneblado.

Lo primero que oímos fue el golpe de la madera contra la tierra. Un eco rasposo que obligó a los legañudos a girarse hacia la costa. La Almiranta había encallado por decisión del río.

Vamos, vamos.

Pareció que nos decía la Porá.

Bájense de una vez.

Aquesto no es un puerto.

Así es como dice mi viejo.

Ni siquiera estamos seguros de que los remansos no engañen los sentidos. El barro es esquivo a los nuestros ojos. Solo los dos

muchachos están en la costa, ahora sonrientes y bonachones, y se animan al milagro de caminar sobre las aguas para indicarnos el sendero que lleva a la firmeza de la tierra. No es profundo, llega hasta las sus rodillas. No vamos a tener problemas con los viejos y los enfermos.

Uno de los dos muchachos, el que parece más entusiasmado, levanta el su pulgar.

Todo está en orden.

Grita.

Y vuelve a levantar el su pulgar con insistencia.

Aquesto no puede ser un puerto.

Domingo

Una vez amarrada La Almiranta y aseguradas las sogas, apenas aplanada la pedrusca arenita de la orilla, recién calmados los ánimos y mientras los nuestros puños circunnavegaban el atardecer verdoso tras la isla, justo ahí, en ese momento de estaño en los nuestros ojos, la Mansa pisó tierra.

Primero se nos apareció como la mitad de un cuerpo arrastrándose en la superficie del río. Unos metros después emergieron las piernas de la Mansa hasta llegar a la costa. Piernas al aire, adoquinadas por las arterias de la embarcación. Piernas que mostraban un dibujo rosado; surcos que se abalanzaban hasta el su culo con la crudeza de un pintor de realidades.

Todos perseguimos ese andar desde nuestras piraguas y acompañamos el vaivén de ese mapa hasta hacerse de tierra y de isla, de aliso y sudor.

La Mansa nos había guiado hasta aquesta isla en la que parecía abrirse un desierto de gentes. O, para decir mejor, había escuchado

el relincho de La Almiranta que tironeaba el timonel hacia la tierra. Nuestra capitana caminó hasta donde empezaban los primeros alambrados y midió con pasos largos el pasillo que se armaba con la costa.

Diez pasos.

Más allá del alambrado empezaba una tierra oculta por matas y ligustrinas. Del otro lado de ese monte se hallaba la costa que mira al Entre Ríos.

Todos atendimos a nuestra capitana que cerraba los sus ojos y se embebía del clamor de los eucaliptus, como si les consultara por nuestra suerte. Volvió a caminar los diez pasos dentre la costa y el alambrado y se sentó a descansar.

Desde la canoa no podíamos hacer otra cosa más que esperar. Podría decir que la vegetación y las alimañas detuvieron su merodeo y que nuestro aliento acompasó el golpe claro de las olas contra las maderas. Lo cierto es que estábamos más atentos a los nuestros estómagos barquinos que sonaban fiero con el caer del día antes que a la escarcha del agua y a lo que sucedía más allá de los nuestros ojos.

Hubo un sabor a lluvia, eso sí, pero muy leve, como si viniera de otras islas y de otro tiempo. Como si las nuestras bocas fueran cuna de cascada y ya no se pudiera hacer otra cosa más que tragar y tragar y seguir tragando hasta criar un río en la nuestra panza.

El desarraigo se nos apareció en un pedazo de tela que una de las viejas había traído con sus pertenencias. El tafetán gris vino a remendarse con un trozo de lona verde del que usamos para tapar los enseres. Nos quedó una bandera maltrecha que la Mansa levantó como capitana de todo aqueste desamparo.

Viento leve del sudoeste.

Cuestión de puertos la tristeza.

Lunes

Por la mañana liberamos las canoas y las piraguas de las sus riendas. Idea de la Mansa. Como si quisiera decirnos que es en aqueste enredo de árboles y alambrados donde levantaremos nuestro pueblo y que ha quedado tan lejos aquello que alguna vez llamamos casa. Ninguna de las embarcaciones se alejó de la costa.

A mi viejo, mi pobre viejo querido, no le picó el entusiasmo del arribo y prefirió quedarse montado en la embarcación. Ahora se acerca con dos o tres remadas y pregunta hasta cuándo es que vamos a estar ahí. Dice que no nos engañemos, que aquesto no es un puerto. Mi Tío el Laucha encoge los sus hombros y mi viejo se sienta con las sus piernas colgando fuera de la canoa.

Viento suroeste.

Se nos va la tarde.

Martes

La nuestra es lengua por sí. La construimos con virutas de palabras. Nos pasamos la voz en guisa de que no menguara en nosotros cosa alguna. Hay quien dice "¡Acá, acá!", y ya sabemos que hace falta una manta; otro dice "¡Qué cosa!", y estamos atentos al aguacero y a la creciente; o también se escucha "¡En fin!", y entendemos que es necesaria una canción para amilanar la pesadez del día.

Tarde ruidosa.

Hacemos calor en el barullo. El peso de los toneles y de lo que resta de comida nos agobia. El desembarco de las frazadas y las ropas cansa los ánimos. Nos hablamos y nos silbamos y nos cantamos como quien arma un refugio. Salvo mi viejo, mi pobre viejo

querido, que no hace más que lamentarse. Escucho el balanceo de su queja.

No es acá, no es acá.

Dice.

Extraña mucho al Abuelo.

Miércoles

El palosanto de los alambrados se esparce por el campamento.

Hoy dividimos tareas. Lo primero fue armar un fuego. Alrededor colocamos unos troncos que nos sirvieron de asiento. Decidimos que los portuarios repararían los pinchazos de las embarcaciones. Los más jóvenes se encargarían de juntar las maderas para reforzar a La Almiranta. Un grupo de mujeres que había venido con la Mansa levantaría los pilares de madera para montar las casas. Otro grupo construiría un muelle que diera cobijo a los botes. Las canoas andan desbocadas y durante las noches hociquean los nuestros pies.

Mi Tío el Laucha se ofreció como cantor.

La Mansa reparó en las mis manos pequeñas y en los mis músculos flacos y me eligió como cartógrafo de la expedición.

Una vez cada quien tuvo su nuevo oficio, quedamos agotados. Festejamos con una siesta que duró hasta entrada la tarde. Antes de que escureciera, la Mansa señaló a dos grumetes.

Ustedes conmigo.

Así es como les dijo.

Nuestra capitana armó un morral con sogas y cuero y, sin siquiera mirarnos, orilló la costa hasta perderse a lo lejos.

Jueves

Llovizna.

Por la mañana, elegí un rincón bajo los toldos para trabajar. Los vecinos me arrimaron trozos de papeles que encontraron dentre los desperdicios del desembarco. Otros, la mayoría, venían con requechos de cajas y maderas húmedas. Las dejé secar al lado del fuego por si el mapa se me iba de los márgenes.

Los mayores se acercaron curiosos, con la intención de que les mostrara lo que estaba haciendo. Espiaron el desenfado con que mi lápiz arrasaba el amarillo de las hojas y asentían, cada tanto, como si entendieran algo que a mí se me escapaba. La verdad es que apenas si tengo trazada una línea que va de sur a norte o de oeste a este. Todavía no lo decidí.

Los viejos se pasaron la mañana entera buscando excusas para estarse cerca, cada cual más sorprendido por mi destreza, y daban palmadas en la mi espalda.

Eh, Mandarino, qué tal, yo soy el que te vendía el pan, ¿te acordás?

Así es como decían.

O también aseguraban que yo te conozco de chiquito a vos. O se quedaban perdidos en la hoja y sonreían con esa sonrisa desdentada que fueron madurando en los días de navegación.

Un viejo se acercó y me preguntó si el mapa iba a tener dibujos que hicieran más fácil su comprensión. Le respondí que no sabía, que lo único que tenía era aquesta línea.

Ah, ah. Esa línea. Pero debería tener dibujos.

Dijo.

Antes de marcharse a su carpa, el viejo sumergió los sus pies en el

río y se quedó mirando un rato largo la costa que teníamos enfrente. El viento le hacía aletear el piloto y la lluvia rebotaba contra su capucha. Un relámpago iluminó el su cuerpo. El viejo sonaba a tormenta y posaba para mí.

Viernes

Anoche la Mansa regresó con unas bolsas al hombro. Chorreaban los sus brazos de sangre. Los viejos dejaron de atenderme para rodear a nuestra capitana y a los dos grumetes.

¡Qué bien! ¡Qué bien!

Así es como decían los viejos.

De puro orgullosos que estaban, los grumetes bajaron los sus ojos. Comimos nutria, acompañada de un yuyo parecido a la radicha. Quedó la nuestra boca agria de tanto masticar cuero y pasto. Lo consideramos el primer triunfo, el buen agüero de nuestro desembarco en la isla.

Sábado

Ayer, después del sol puesto, me vine cerca del brazo que se mete isla adentro. Es tierra enlodada y pícara. Hay que andarse con cuidado.

Me guarecí debajo de unas matas que crecían del otro lado del alambrado. De lejos escuché el rumor de los hombres y mujeres que ansiaban la idea de un caserío y se amuchaban junto al fuego. La altura y la distancia desde la que los observaba apenas mostraban una toldería.

Viento leve del suroeste.

Los niños juegan a pescar mojarras.

Domingo

Todavía es la noche. Nos cuesta el desperezo. Los ruidos que hacemos son puro letargo, una música acompasada por el aliento que tiramos dentre las nuestras manos, como si intentáramos detener el tiempo. Mi Tío el Laucha se tapa con la frazada. Se resiste al despuntar de la jornada y no parece atender al movimiento. Alzo mi manta de la tierra para que no la alcance el rocío. Delante de mí, un niño corre en patas, de a saltos, como un sapo que se escurre dentre los nuestros cuerpos. Con un fierro, el niño aviva las brasas.

Andá a abrigarte, vos.

Dice alguien.

El niño se ríe y se pierde en la oscuridad de las lonas.

El frío aguijona las nuestras piernas, el nuestro pecho, las nuestras caderas. Siento la ferocidad de la madrugada en la punta de la mi nariz.

Temprano comenzamos las labores para construir el muelle. Nos separamos en grupos de tres y de cuatro. Por parte de mí, aproveché una expedición que se ajuntó en busca de maderas para delinear los límites de la isla, trazar los quiebres del terreno y marcar los huecos en que anidan las perdices. Intenté calcular el mareo de nuestras embarcaciones y medir la distancia que nos separaba del pueblo. No llegué a ninguna certeza.

Me aburro.

Tengo para mí que hay algo en aquesta tierra que me cubre el cielo y no me deja ver con claridad qué es lo que pasa.

Fue poco lo que pudimos garronearle a la creciente y a la humedad que chorrea de los árboles. Apenas alcanzaron aquestos troncos para armar el esqueleto del muelle. Fuera de los alambrados quedan solo mojones de monte en los que crecen espinillos y sauces y unos arbustos que abrazan la costa y hunden las sus manos en el río. Y, si bien es pura maravilla la color de los claveles del aire, lo cierto es que nada de todo aquesto sirve para armar un muelle.

Volvimos al toldería con las nuestras manos cargadas de ramas. La Mansa descartó casi todo lo que trajimos adentro del fogón. La capitana dijo que no puede ser, que algo de madera debe de haber en alguna parte de la isla.

Si tan solo se pudiera pegar una mirada a lo que esconden los alambrados.

Así es como sugirió uno de los portuarios.

La Mansa hizo que no con la su cabeza y caminó hasta la costa. Recorrió los diez pasos que hay desde el río hasta el alambrado. Cambió el sentido de su andar y se dirigió hacia donde descansan nuestras embarcaciones. De la proa de una de las piraguas arrancó la madera que nos hará de muelle.

Lunes

Los dos muchachos del pueblo vecino tienen un modo de ajuntar las tablas que los nuestros repiten como si fueran loros. Es cosa digna de ver. No usan sogas, por si acaso fuesen necesarias para otros menesteres; se sirven de unas hojas leñosas que tensan hasta no dejar un solo hueco dentre las maderas. Dice mi Tío el Laucha que no entiende cómo es que los muchachos hacen su trabajo.

Mandarino, andá a fijarte, no le entra ni un alfiler.

Así dice.

Al rato tenemos un gran armatoste que huele a pasto mojado y que se me parece al caparazón de una tortuga. Los dos muchachos del pueblo vecino están orgullosos de su labor. Señalan el armatoste y dicen que les ha quedado muy bien, que seguro que aqueste muelle resiste al pueblo entero. Nos turnamos para saltarle encima.

Resiste.

Una mujer chifla apretando los sus labios. De los toldos se asoman los más jóvenes. Se arremangan las camisas y muestran los sus brazos fuertes de haber pasado jornadas y jornadas recogiendo redes. Hasta los viejos, a los que se les ha ido la mañana jugando al herrón, abandonan la partida y se acercan a la costa a ver qué hay.

El herrón es un juego que inventaron los viejos. Es un juego simple, para pasar el rato. Hay que lanzar una herradura y enroscarla en un fierro. Por aquestos días decimos que tal cosa se encuentra a un tiro de herrón o que hay que caminar un tiro de herrón hasta llegar a la costa.

Medimos la distancia con la fuerza de los ancianos.

Martes

La Mansa se trepa a la popa de La Almiranta y dirige nuestros movimientos.

Falta uno más allá.

Así es como dice mientras señala un hueco en el muelle.

Alguien cuenta hasta tres y levantamos el gran armatoste sobre las

nuestras cabezas. Escucho unos gritos que vienen desde atrás.

Vamos, vamos, el mismo paso, que si no se nos voltea.

Dice.

Estamos encastrados unos con otros. Sostenemos el muelle y afirmamos las nuestras piernas para que no nos venza su peso. Los que van adelante marcan la marcha daqueste gigantesco ciempiés camino al Paraná.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, salta de la canoa y nada hasta que el agua le llega a la su cintura.

Tiren que yo atajo.

Nos dice.

Y abre los sus brazos creyendo poder soportar tanta madera.

Miércoles

Se me hace difícil decir el cansancio de los nuestros brazos, el ida y vuelta de los nuestros cuerpos y el hedor que se arrincona dentre las ropas, como si tuviera que nombrar aquesta humedad pegajosa que nos invade.

Ahora que repetimos nutria hasta el hartazgo y la novedad daquella alegría se fue diluyendo con los rebrotes del trabajo, despliego este mapa de una única línea. Remuevo el fuego y escucho los ronquidos que vienen del campamento. El alrededor me distrae. El fuego se consume sin siquiera anunciar su retirada.

Jueves

Una vez afirmado el muelle y amarradas las canoas y las piraguas, los portuarios festejan con gritos que despiertan a las criaturas. Las madres reprimen el entusiasmo con chistidos y gestos. La Mansa observa la escena desde La Almiranta.

Bueno, bueno.

Dice a los hombres.

Y entonces sonríe y sacude la su cabeza.

Aqueste día fue todo lo demás calma y después algún viento. Asomó a la parte norte alguna cerrazón, que es señal de estar sobre la tierra.

Viernes

Un chancho equivocó el camino y quedó enredado dentre los alambres. Lo descubrieron unas muchachas cuando salieron a caminar.

Ahora mismo las mujeres lo asan a la estaca. La isla entera huele al adobo que inventaron con los yuyos de las barrancas.

Mi Tío el Laucha se arrima al fuego y las mujeres le enseñan el filo del cuchillo, como diciendo que no, que se aguante un poco como todos los demás.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, hace golpear con suavidad la canoa contra el muelle. Tira la soga y pide que lo aten. Hasta ahí cede. No piensa poner el su pie en la costa. Una de las asadoras le acerca un trozo de carne que mi viejo pesca con los sus dedos.

Vamos, no sea terco. Baje, qué le cuesta.

Así es como le dicen.

Mi viejo hace un gesto con la su mano, como si espantara bichos.

Comemos juntos. Él en la canoa y yo con los mis pies en el agua. No hablamos. Mi viejo llena la su boca de chancho. Abre mucho los sus ojos, como si le costara masticar. Me entra la risa. Nos reímos.

Cuando terminamos de comer, mientras los mayores duermen la siesta, despliego los papeles y lápices para que los demás vean que estoy haciendo lo que me toca hacer. El sol refleja contra la línea que dibujé y me obliga a hacer visera con la mi mano. No pude avanzar más que eso: una sola línea. Intento dibujar el perfil daquesta isla, pero hay demasiada gente, demasiados toldos, demasiado sol,que me impiden mirar a lo lejos. Prefiero aprovechar la tarde y me dejo estar. Disfruto del leve ardor en la mi frente. Veo que mi viejo está tendido panza arriba.

Cae la tarde y cerca del fuego se sienten los últimos pellizcos de la carne.

Pará de comer que vas a reventar.

Así es como le dice la Mansa a mi Tío el Laucha. Nuestra capitana le pide que se cante algo.

Se hace el silencio.

Mi Tío el Laucha canta una canción de pescadores que perdieron el rumbo. Canta el frío que hace a la mañana. Canta el olor a río que queda en los nuestros dedos. Canta la podredumbre que se encharca dentre las ropas.

Vuelvo sobre el mapa. Refuerzo la línea y la trazo más ancha, más gruesa y también más temblorosa.

Noche limpia que invita al reposo.

De cara al cielo veo el dibujo de las estrellas. La Cruz del Sur apunta al este. La isla se mueve.

Sábado

Todo a nuestro alrededor se ha desbaratado.

Nos despertó de madrugada el grito de una mujer. Las corridas por dentre los toldos despabilaron a los remolones. Nos envolvimos con las frazadas. Nos calzamos las alpargatas. Caminamos hasta el bullicio.

Lo primero que vi fue el tumulto en la parte sur del alambrado. Todavía estaba escuro el amanecer. Pura sombra. Más cerca de mí, rozándome con la desolación, uno de los portuarios apretaba los sus párpados con los sus dedos y decía que no con la su cabeza. Después se alejó del alboroto camino a la costa.

Para cuando pude abrirme paso dentre las gentes la mujer había dejado de gritar. Otra cosa fue lo que oímos tras aquel breve silencio: era como el ahogo de un animal que olisquea el degüello. Así sonaba la mujer.

El terror de sus quejidos espantó el frío de la madrugada.

Arrimé la mi cabeza por dentre la fila de hombros que hacían muro y vi a la mujer tendida junto al alambrado con los sus brazos envueltos en el vaivén de una manta. De la manta asomaban, como las hojas de un árbol hachado, los pelos de un nene muerto.

Eso es lo que había.

La su boca abierta. La su piel ennegrecida. La su panza hinchada. La su cabeza boba.

Un nene muerto tirado al costado del alambrado.

Las mujeres rodearon a la madre y la cubrieron de caricias. Cada

una de las sus manos se entreveró con la otra y con las manos de la madre, que fue dejándose llevar. Antes de que nos diéramos cuenta, las mujeres sostenían dentre los sus brazos el cuerpo del niño y lo retiraban de la vista. Lo envolvieron en una manta limpia de las que todavía no habían sido tomadas por el verdín de la isla. Lo limpiaron con el agua del Paraná hasta teñir de marrón la su piel chamuscada. Supimos más tarde que le había comido la frazada un fueguito que había armado la madre para cubrirlo de la noche. Tengo para mí que así debe de ser la muerte de los que no tenemos más tierra que la tierra soñada.

Todo aquesto lo vi con los mis propios ojos. Con las mis orejas escuché el murmullo de los que no sabíamos qué hacer con las nuestras manos. Con la mi lengua quise retorcerme entero para que nada de todo aquesto pudiera ser dicho.

Tachar con furia porque no.

Que no es.

Aquesto no puede ser un puerto.

Domingo

Pasamos la noche de ayer junto al nene como quien vela unas armas oxidadas, inútiles, a punto de quebrarse. La isla nos empujaba un muerto en tierra y ese cuerpo era un ancla.

Por la mañana aparecieron dos hombres. No supimos de dónde habían llegado. Se acercaron hasta el alambrado, del lado de adentro, y por señas pudimos entender que algo les molestaba de la costa o de los toldos o del interior del monte que nos estaba vedado.

Decidimos que lo mejor era arrimarse para ver qué querían. La Mansa me pidió que la acompañara. Tenían la color pálida de los hombres de ciudad. De pura vergüenza cubrí el marrón de los mis

brazos.

Los hombres miraban el alambrado y discutían en un habla seca. Tardaron unos minutos en darse cuenta de que estábamos ahí. El más bajo, que tenía la su cara adornada de pecas y una boina con detalles en oro y plata, hizo de lengua.

¿Qué es lo que andan haciendo?

Así es como dijo.

La Mansa miró hacia el toldería, miró a los hombres y después me miró a mí. Encogió los sus hombros.

¿Qué es lo que andan haciendo acá?

Volvió a decir.

Pero no supimos qué responder.

Lunes

Puesto el sol, enterramos al nene cerca de los sauces. El su cuerpo de cachorro no había soportado la inclemencia de la isla. Adornamos las quemaduras con unas barbas de viejo, como si lo empujáramos a las nubes.

Martes

Desque aquestos trazos acumularon vacío no hago más que arremeter contra la línea y ensañarme en su doble o triple negrura.

Tierra incógnita a la vista.

Perdí mucho tiempo en hacer coincidir los relieves del mapa con los

caprichos de la costa.

Levanté los mis huesos de las piedras. Abandoné la altura de la barranca que se hiende en mí y bajé la vista hacia el tolderío. Un mundo que ya se me hacía viejo. Teníamos nuestro muerto, la frontera de alambre, los infortunios del frío.

Yo, Mandarino, Cronista Oficial daquesta expedición, cartógrafo indeciso que no sabe de distancias, no puedo más que arañar destellos daqueste barro que se cuece dentre los mis dedos. Todas las palabras me suenan huecas a la hora de contar el derrumbe de nuestra ilusión de hacer casa. Fijar las cosas las puede fijar cualquiera; la cosa está en habitarlas. Entonces pienso quién soy yo para decir nada.

A orillas del río, un grupo de hombres se agolpa en torno al fuego. Hombres flacos y roñosos que cargan consigo el hedor a muerte de la isla. El cansancio hace que les cueste tenerse en pie; a duras penas logran mantener los sus ojos despiertos, las sus manos como guadañas.

Saber que no.

Que aquesto no puede ser.

Que los puertos no cobijan el frío con la sangre.

¿Cómo va a ser un puerto si ya empezamos a desplegar los vicios de la hambre?

Acostumbrados a toda una vida en la espera, no pudimos más que levantar un pequeño pueblo en el borde de la isla: un pueblo idéntico al que dejamos atrás, aunque más estrecho. Las casas son el espejo de lo que fueron nuestras casas. El frío es el mismo frío. Lo único nuevo es el desamparo. Entonces pienso qué culpa tendremos nosotros de lo que sucede; qué culpa mi viejo, mi pobre viejo querido, si las sus piernas ya no soportan el rigor del barro; qué culpa mi Tío el Laucha, si ya no hay orejas que atrapen sus canciones; qué culpa la Mansa que ha levantado en las sus espaldas

el anhelo de un mundo parido en medio de la tormenta.

Que no es un puerto.

Aquesto no lo es.

Miércoles

Imagino que estamos montados en el lomo de un animal gigante que hace del sosiego la cuna de los nuestros cuerpos, como si quisiera mantenerse en secreto, sin molestarnos. Un animal gigante, de lomo rudo, con las sus venas hinchadas como arroyos y la su piel astillada por los surcos. De vez en vez, para despabilarnos, da unas volteretas en el aire y cae de panza al río o sacude la modorra salpicándonos de tierra. Un animal que apenas se hace notar.

Sabe que lo que tocamos se vuelve cenizas.

Sabe que nos cuesta confiar en la intemperie.

No hay líneas ni mapas ni puertos que puedan hablar del corcoveo daqueste animal desbocado.

Un animal gigante nos navega.

V. CARTA

Abuelo,

Hace varias noches que lo sueño. A lo primero venía como una aparición. Me sorprendía en lugares en los que no debía estar. Ahora me lo encuentro apenas cierro los mis ojos.

Me gustaría saber qué cosa es lo que le está pasando para andarse en tantos lados a la vez. Los otros días, sin ir más lejos, bordeé la costa como para alejarme un poco daquestas gentes y se me entreveró un cusquito dentre las mis piernas. Tenía el su lomo gris y unas crenchas barrosas que me hicieron acordar a los sus pelos, Abuelo. El cusco me acompañó durante la caminata, se sentó conmigo cuando paré a descansar, me acercó el su hocico para que se lo acariciara. Dígame que no era usted.

No me malentienda, Abuelo, si son una alegría para mí sus visitas. Es que me asusta que se desoriente y termine pisando alguna vizcachera, tan solo y con el frío que hace.

¿Qué decirle daquestos días? Son como aquellas pelusas que viven en los rayos de sol y que usted me señalaba cuando yo era niño. Las noches, en cambio, son demasiado bulliciosas como para contarle lo que hay. Se hace difícil la escucha: todos tienen algo para pedir, un ruido que hacer, unos dientes que chocar. Permítame confesarle que tanto escándalo me agota.

A veces me entran ganas de montar en la piragua, empuñar los remos y volver junto a usted. Echarme un rato, a la hora de la siesta, a pescar las pelusas que flotan en la luz.

Volver a casa.

A lo que dure vivir.

Aunque fuera arrojado a las hambres que ya conocemos, que son las nuestras, las de siempre, y que duelen hondo, es verdad, pero menos fuerte que aquestas otras hambres.

El mi cuerpo se cansa de levantar pedazos cada mañana, Abuelo.

Como si tuviera que armar una y otra vez lo que se viene en derrumbe, frenar las remadas que nos alejan y bracear contra el impulso de la canoa que nos empuja más allá.

Lo único que hago es despertarme con los primeros soles, poner la pavita al fuego y pensar en que otra vez lo soñé, que estuvo acá mismo, un rato apenas, en aquesta isla toda su persona y que no me animé a preguntarle si está bien, si le pasa algo, si es que se ha aventurado hasta nuestras orillas porque anda en pena.

O a lo mejor no. A lo mejor sigue en el pueblo con sus pájaros, sus gallinas, sus perros, y aquesta imagen suya no es más que un sueño mensajero: una carta escrita en lengua pájara.

De lo primero que me olvidé fue de su voz. Mire que la busco y acerco la mi oreja para estarme atento.

¿Cómo se escribe una voz, Abuelo?

Le pido que se acuerde daquesta mi forma de hablar. Haga fuerza. Acuérdese del ruido que se me hace en la mi panza cuando me enojo. Acuérdese del modo en que me silban las palabras. Daqueste lunar en la su frente que hace casa en los callos de la su mano. Acuérdese de mí y de los nuestros: de mi Tío el Laucha, que parece un leproso de tantas escamas que le han crecido por el barro; de papá, que no hace más que lamentar la distancia mientras se acaricia los sabañones.

Mire. Acá estamos. Una señal de humo a lo lejos. Aquestas sombras que saludan alrededor del fuego.

Todo el tiempo me entran ganas de dormir para ir a buscarlo en sueños. Ahora mismo alzo la mirada y veo nuestras canoas vacías, apiladas junto al muelle. El Paraná está manso. A la espera. Sé que pronto habrá que abandonar la costa y embarcar. Mientras tanto, lo único que me queda por hacer es aguardar, tranquilo, a que nos llame el río. Y yo espero. Y me echo a la siesta y hago como si aquesta isla fuera nuestra casa. Extiendo la mi mano como queriendo tocarlo a usted, Abuelo, y amago con atrapar una de las pelusas que se amuchan a contraluz y que juegan, bailarinas, a esquivar todo lo que la mi mano guadaña.

No me haga caso.

Ando en picada.

Lo que necesito es salir del invierno que hiela la mi carne.

Antes, mucho antes, había un dicho. ¿Se acuerda? Ese que decía que cuán peligrosa cosa sea dejar de noche encendido el brasero donde se duerme. Figúrese, Abuelo, que ahora no parece tanta tragedia morir abrasado dentre las maderas de la piragua.

Mandarino,

que besa la su mano, la su mejilla, la su frente

VI. LIBRO DE LAS MARAVILLAS

DE LOS CAMINANTES

[QUE TRATA DE UN ENCUENTRO JUNTO AL FOGÓN]

Hoy nos levantamos viento en pecho.

El temporal se llevó parte de nuestras ropas. Quedamos a la intemperie, desnudos y hambrientos. Los toldos permanecen erguidos a duras penas. Las casas se derrumban ante los nuestros ojos, como ordenándonos que echemos para atrás, que no hagamos tanto alboroto por aqueste trozo de costa.

En su desarme, la isla nos arrea hacia las canoas y, ante tamaño movimiento, La Almiranta se desperezа.

Los días pasados volvieron los hombres que moran del otro lado de los alambrados. Midieron con sus instrumentos la distancia que hay hasta el río. Decían que sí con la su cabeza. Daban zancadas que los hacían trastabillar. Después decían que no.

Nosotros los mirábamos hacer.

Y ellos que sí y que no. Y de vuelta a medir y a señalar y a caminar con los pasos largos.

Esa misma noche aparecieron unos peones que cargaron con alambres y postes. Hicieron pozos junto al tolderío. Enterraron el palosanto y apisonaron la tierra y clavaron la madera.

Nos construyeron una cerca.

Ahora mismo nuestro pedazo de isla tiene la forma de una yarará que va a dar hasta el muelle. Debe de ser por eso que mi Tío el

Laucha se pasó la mañana aprestando la canoa. Los aleros que habíamos improvisado para cubrir las embarcaciones de la intemperie se convirtieron en banderolas grises, marrones, verdes. Puro contraste con el ardor de nuestra impaciencia.

Mas no quisiera que hablase por mí la voz carrasposa daquesta tarde. Ahora que las palabras se me hacen de un tono ocre, sería mejor que contase del tiempo que hace o de la creciente del río o que frenara, por un rato, de decir.

Tengo para mí que el día que perdimos el asombro abandonamos la pesca y empezó la cacería. Y cuando nos aburrió la cacería, rompimos lo que pisamos.

La cosa es que una vez que desembarcamos en aquesta isla –pero ¿hace cuánto?– se resintió el andamio de nuestro paraíso terrenal. Y ya no nos preguntamos dónde quedará el nuevo refugio; y ya no se nos antoja una vuelta en la canoa para acariciar los remansos; y ya no armamos barriletes para hacernos del dorado.

Toda la tarde la pasamos amuchados junto al fogón. El Loco Tréllez anda apagado. Apenas si se lo escucha. Cuando se hace la hora de la comida se acerca para preguntar qué hay. Un coletazo de broma que le quedó en costumbre,porque todos sabemos que hay siempre lo mismo. Mi viejo, mi pobre viejo querido, festeja el chiste desde la piragua y el Loco Tréllez agradece el cumplido levantando la su mano hacia el Paraná.

Nos calentamos con los cuentos. Oigo, a la hora del fogón, la historia que larga un hombre desdentado.

Dice aquesto que sigue.

Antes, cuando el tiempo era tiempo y no este conteo de horas y minutos y segundos, conocí a un viajero que había parado cerca de casa camino al Entre Ríos. El hombre había cruzado montes y había

navegado los océanos, que son como ríos, pero más tempestuosos y menos solitarios. La Mar del Sur, como la llamaban, se abrió a los sus ojos como se abren los anhelos: profundos y ciegos. Nadie supo en cuántas ciudades había estado ni cuántas leguas había braceado. Lo cierto es que el mundo se le hizo Mundo y quiso volver a las casas. El hombre regresó sin espamentos, restregó la mugre de los sus dedos, despabiló a los perros con golpe de palmas y escogió una tarima desde la que pudieran escucharlo las gentes. El pueblo entero lo recibió como quien arropa una buena nueva. Quisiera contar que se agolparon para escucharlo, pero eso es decir demasiado. Armaron un fuego, eso sí, tal cual aqueste nuestro fuego, como para sentirse más cerca de los lugares que había visitado el viajero.

El caminante levantó el su dedo y señaló el cielo. Después movió la su mano y apuntó hacia el río. Contó que había estado en parajes maravillosos; que había visto una fruta que se parecía al pomelo pero que adentro tenía otras tres frutas diferentes, todas las cuales sabían a menta; que el cielo de cierta región de Oriente está manchado con el hollín de las casas obreras y que por las tardes llueven lágrimas de viuda; que en un descampado de Alta Gracia escuchó el aleteo de dos colibríes acompasados; que es en la India una montaña tan alta que dicen quienes viven abajo que nunca vieron a quienes viven arriba, pero que los sienten venir todas las noches; que vio el agujero más profundo en un callejón de Tapalqué y el fondo no llegaba a la China sino que salía a un rancho en San Pedro. Podría haberse pasado el día entero contando lo visto y oído alrededor del mundo. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que las caras de los vecinos que lo rodeaban no eran de asombro sino de desconcierto y, casi al instante, de indiferencia. Ninguna de las palabras que había imaginado salía por la su boca: el viaje se había convertido en ruido.

Así dejó de decir el hombre.

Mi Tío el Laucha escuchaba la historia mientras atizaba el fuego y echaba unas ramitas de sauce para que hicieran chispas. El crujir de la noche se nos cayó encima. Nos quedamos un rato largo oteándonos las nuestras caras.

¡Qué bolacero!

Dijo el Loco Tréllez.

Y nos fuimos a dormir.

DEL MIRAR DE LOS PECES

[QUE TRATA DE UN MUY NOTABLE SUCESO ALLENDE LA PROFUNDIDAD]

Decidióse partir. Podría decir que aquesta isla ya no tenía nada que ofrecernos, pero lo cierto es que nunca nos arrojó más que la espera. Cuando logramos arrancarle algo que comer, nos devolvió el esfuerzo con desgracia.

Ahí, ahí. Les quedó un pedazo.

Grita la Mansa.

Por aquestos días nuestra capitana trae la color de los mareados. Como si le estuviera pesando la vida en tierra. Se ve que el viento sur carga los sus hombros. El su cuerpo todo es un requecho de camalotal tambaleándose en aqueste rincón de isla que nos queda. Fue ella, desde esa distancia barrancosa en la que se hallaba, la que sugirió la partida.

Acá no hay nada para nosotros.

Dijo.

Que se nos va cansando el ánimo de tanto escarbar. ¿No ven que no hay nada?

La Mansa señaló la costa y el muelle y el alambrado y los toldos.

Nada.

Hubo algunas voces que amagaron con alzarse. Venían daquellos que estaban muy cansados para ajuntar otra vez los cacharros y montar en las piraguas. Nuestra capitana aplacó a los contreras con un leve encogimiento de los sus hombros. Qué queríamos que hiciera; qué esperábamos de todo este viaje más que el movimiento.

Habrá que volver al río.

Dijo.

Entendimos que quedarnos en la isla hubiese significado una ruina más grande que la que ya conocíamos.

Con fuerza, con fuerza. Ahí, ahí.

Dice la Mansa.

Y dentre grito y grito nos muestra el modo correcto de recoger las carpas y de desarmar la toldería y de aprovechar las sobras para los nuevos menesteres que asomarán con la navegación.

Hay que doblar así.

Dice.

Así es como hay que doblar, como si fuera una manta.

Nos llevamos prestadas unas maderas y unas naranjas que se escaparon del otro lado del alambrado. Mi viejo, mi pobre viejo querido, escupe la tierra desde la canoa y desea un futuro de inclemencias e inundaciones para los dueños daquesta isla. Levanta los sus brazos como si estuviera echando una maldición y augura un tiempo de vacas flacas y árboles despanzurrados, de miseria y hambre.

Apenas entrada la tarde nos echamos a las canoas. En vano mi Tío el Laucha intentó domar el mástil que habíamos construido con el tronco de un palo borracho joven,verde y hermoso.

No se puede.

Dijo.

El río nos crio perezosos para las velas y se nos da mejor

abandonarnos al vaivén de la corriente o, como mucho, dejar que un remo nos haga de quilla.

La Almiranta titubea al frente y los demás la seguimos con indiferencia, como quien todavía tiene algo para reprochar. Creo que la Mansa debe de haber escuchado nuestros rezongos, porque apenas si se dejó ver en todo el día.

Navegamos con recelo.

Miramos muy por delante de La Almiranta y de nuestra capitana. Alguna canoa se anima a rozar la orilla, da unas vueltas sobre sí, exagera el rezago. Cuando entendemos que la Mansa ni siquiera se entera de nuestro desaire, dejamos de hacer el tonto.

Con el último sol volvió el frío y con el frío la nostalgia del suelo barroso de la costa. Aquel suelo, por lo menos, propiciaba el amparo del viento.

Se nos presenta una noche triste. El río anda sereno.

Otra vez a remar.

Dice alguien.

Los hombres arriman sus canoas y sus piraguas. Se les nota en la respiración las ganas de un fueguito, de unas chispas para calentar las sus manos. La noche de los navegantes es como un golpe de plomada rompiendo el lomo del río.

El Loco Tréllez habla muy cerca de mí.

Todo está patas arriba, Mandarino. El mundo se está volviendo loco.

Así es como dice.

Hago que sí con la mi cabeza. Hago que sí, en verdad, a la

oscuridad del Paraná, sin ánimos de dirigirme a ninguna otra cosa. Y entonces las aguas se arremolinan y siento la presencia de los hombres que quieren contar sus historias para que la noche se oiga menos profunda y se haga piedra picando en la superficie.

Las bocas daquestos hombres se soltaron.

Hablaron en lengua de pescadores.

Hay quien niega. Qué le voy a decir. Allá él. Desconfiar está bien, pero no se puede hacer nada con eso.

Dice uno.

Que hable más fuerte que no se escucha.

Gritan.

La verdad es que fue el más grande que se pescó en la región. Y digo región porque me falta medir más largo. Soy de poco saber. Era como dos personas. Lo importante, igual, no es eso.

Dice.

Y después se anima. Se larga a hablar como en cascada.

Supimos que el hombre hacía gestos con las sus manos porque la canoa se movía de un lado a otro haciendo que unas pequeñas olas chocaran contra nuestras embarcaciones. Con cada gesto nosotros nos movíamos con él. Volvió a decirnos que allá él quien desconfiara. Creo que hablaba con alguno de los otros. Dijo que andaba ahí echado, medio dormido después de un día sin pique y que lo primero que oyó fue el golpe del cencerro. Dijo que se levantó desganado; que pensó que nada saldría de ese escándalo más que unos yuyos o algún desperdicio. Dijo que le costó traerlo hasta la costa; que empezó a entender que aquello que había picado tiraba con fuerza hacia lo más hondo del Paraná; que fue una lucha con el pescado y con el río; que no sabe cuánto habrá durado el tironeo.

¿Cuánto duró? ¿Te acordás?

Pregunta.

Nadie responde.

Que tal vez a él se le hizo mucho tiempo y no fue tanto el rato en el que luchó contra el pescado y contra el río.

Repite.

Y dice que pensó en sacar el cuchillo, cortar la tanza y abandonar el tironeo, que no lo va a negar, porque la caña estaba doblada como un junco, a punto de partirse, y sin siquiera saber si no era un pedazo de camalotal lo que el pique traía. Entonces sí, dice que vio una de las sus aletas asomar de cerquita la boya. Que a lo primero le pareció una aleta morada, de la color del vino, pero que rápido se dio cuenta de que era el reflejo de la noche sobre el animal. Una vieja de agua de más de tres metros. Una vieja de agua gigante que daba unas bocanadas que asustaban. Dice que en unos minutos los demás pescadores se acercaron para curiosear. Dice que la colgaron de un árbol y que se acercaron de a uno y que les dio miedo. Dice que se pararon al lado para sentirse enanos.

Dice que la cosa no terminó ahí.

Así es como dice.

Que se dieron cuenta de que algo más estaba desacomodado: a la vieja de agua le faltaba uno de los sus ojos. El hombre, entonces, quiere explicar. Se le enredan las palabras. Quiere decir que en el Paraná hay pescados de un solo ojo, que de seguro que están ahí, acá nomás. Oímos que chapotea el agua con la su mano como para significarnos la acechanza.

Tengo para mí que lo que quiso decir y no dijo, o no supo cómo decir, es que el ojo barroso desde el que miraba la vieja de agua era el anzuelo con el que pescaba la noche: el mismo anzuelo con el que pica aquesta noche de los navegantes en que, con el nuestro solo ojo, tanteamos lo que el río refleja como unas viejas de agua.

DE LA LUZ Y LAS SOMBRAS

[QUE TRATA DE LAS ISLAS QUE MORAN EN LA SIESTA]

Como árboles muertos: los mástiles. Ni siquiera La Almiranta despliega las sus velas. No es que la tarde ande flaca de vientos, sino que la estrechez daqueste brazo apenas si deja pasar una canoa.

Liberar las velas sería un despilfarro.

Viboreamos unas aguas que se nos parecen más a una cuneta que a un río. Veo, de lejos, a la Mansa. Va en la popa, con las sus piernas colgando de La Almiranta. Mira hacia lo que dejamos atrás y los sus ojos escarban más allá de la hilera de remos y de maderas y de gentes que venimos con los ánimos gachos. Estira los sus pies y con los sus dedos abre una herida en el río y la herida se hace huella. La capitana nos marca el camino y nosotros oteamos el horizonte que carga a las sus espaldas, como buscando un claro de sauces por el que ver más allá. Un hueco dentre tanta arboleda que nos lleve al río principal.

Navegamos.

O es aqueste río quien navega y nosotros los que montamos a pelo, con las nuestras piernas apretadas a las sus ancas para no caer.

Y que nos lleve a su modo.

Y que galope a su tiempo.

Allegamos a un otro brazo más generoso en su anchura. En la costa se alzan unas casas de madera y de piedra y de chapas lustrosas que rompen con el verde opaco daquesta isla. Todas las más se nos parecen vacías.

Tienen los ranchos de adorno.

Dice mi viejo.

Unos perros se acercan a la costa y nos ladran embroncados.

Fuera, fuera.

Gritan desde una de las canoas.

Los perros se envalentonan y toman carrera, estiran las sus patas y corren hasta la orilla, como si amenazaran con tirarse. Atropellan el paso de nuestras embarcaciones.

El hijo más pequeño del Herrero junta las sus manos y sumerge ese cuenco en el río y amaga con tirarles el agua y se ríe a carcajadas cuando los perros detienen los ladridos para huir isla adentro. Nos reímos con él. Aqueste andar en la corriente nos mantiene a salvo de los tarascones.

Esos perros están más gordos que nosotros.

Dice el Loco Tréllez.

Tiene razón.

Los sauces nos cubren del cielo y la luz es como una llovizna que se cuela dentre los resquicios. Saco mis papeles y unos carbones que junté del último fuego en tierra. Paso los papeles con lentitud y descubro que la línea del mapa se hace ola de una página a la otra, como si dibujara también, en aquel temblor, el vaivén del río y el de los nuestros cuerpos.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, me mira hacer y se recuesta junto a mí. Enrolla unas mantas y las coloca detrás de la su cabeza. Yo vuelvo a pasar las hojas.

Vos siempre con tus cosas, Mandarino.

Dice.

Pienso qué son mis cosas. Qué de todo aquesto que hace bulla en la canoa son mis cosas. Cuáles de todos los cacharros y ropas húmedas. Tengo para mí que mis cosas deben de ser los papeles y los carbones y aquesta la mi mano que no hace más que ondular aquello que toca.

Más adelante, la Mansa se recuesta en la popa de La Almiranta de cara al cielo. Uno solo de los sus dedos toca el río y el trazo se hace más fino y más preciso.

La tarde anda en silencio. Por eso mi viejo habla en voz muy baja, la su boca pegada a las mis orejas.

¿Puedo?

Pregunta.

La ilusión le precipita el tono y entonces le enseño la primera de las páginas. Mi viejo se cubre con una frazada y se acerca aún más para ver por sobre los mis hombros.

Acá están las casas.

Digo.

Y señalo el comienzo de la línea.

¿Acá?

Hago que sí con la mi cabeza.

La astilla del carbón me raspa la voz y desde esa pretura le hablo. Aquestos que están acá, a mitad de camino, son los despojos de nuestra primera tormenta; aquesto que parece una mancha son los jirones de canoa que perdimos en el camino; acá está la isla que nos dejó atrás y que pensamos que era nuestra casa.

Llego hasta el final, donde trepida una barranca que se hace agua en la indecisión del trazo.

No hay más. Tengo hasta ahí.

Así es como digo.

La Mansa se sacude la modorra y estira el su cuerpo hasta enseñarnos las sus costillas. Boca arriba, como si quisiera abrazarse a los sauces que nos techan la tarde, bosteza.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, me presta un trozo de su manta y cierra los sus ojos. Apoyo la mi cabeza al costado de la suya. El río se hace ancho y me dejo ir al amparo de la siesta. Sueño con el pie de la Mansa en el Paraná. Sueño que daqueste pisar en las aguas brotan tanzas y sogas y amarres que nos empujan hacia lo que el horizonte esconde; que estiro las mis manos y todo lo que toco se escurre dentre los mis dedos. Y sueño con una isla que se nos aparece en la distancia: una isla hecha de luces y de sombras. Eso es lo que sueño. Una isla que, al acercarnos, se aparece a los mis ojos como la mano del Abuelo que acaricia como un sauce. Y me sumerjo en ella y chapoteo y la mano del Abuelo se agita y la isla se mueve con el saludo. Sueño que el río es espeso y se cuelga de los mis brazos. Bocanadas. Eso es lo que soy: una gran bocanada que devora el río. Con cada sorbo de respiración, la isla entera relampaguea. Y ya no supe qué era luz y qué era sombra, qué mano y qué isla. Y entonces sueño que todo el alrededor se me hace barranca y solo queda la línea que el pie de la Mansa dibuja en el Paraná.

Me despierto con el miedo dentre las mis manos. El miedo de saber que un poco más allá, ahí donde todavía nos mezquina la vista, hay un puerto para mí.

DE SI HAY ANTÍPODAS

[EN EL QUE SE NAVEGAN UNAS DUDAS PROCELOSAS]

Nunca nadie dijo el mareo de los navegantes.

Hace días que las mis manos se adosaron a los remos y no hago más que entumecer las aguas con paladas de hastío. Me sorprendo cuando veo aquestas piernas que dicen ser las mías enroscadas dentre los huesos de la canoa. Estoy a la espera de cualquier rompiente que desbarate el griterío de las cotorras.

Hoy se me ha dado por atar al mi dedo una tanza. Cebé el anzuelo con migas de pan apelmazado. Ahora el mi brazo es una mojarrera. Me quedo las horas con la mirada atenta al río para que no me pregunten qué es lo que hago.

Fuera de mí, la charla con los vecinos está llena de compuertas. Me entran ganas de cerrar los mis ojos para que el alrededor se calle; de que brote del mi dedo un ancla y me arrastre, furiosa, hasta hacerme besar el fondo del Paraná.

Nunca nadie dijo qué es lo que sucede cuando uno se arroja al acune de un río que parece agrietado y las palabras se escurecen. Vaya uno a saber –quién sabrá, a decir verdad– las cosas que atraviesan la cabeza de quien del su cuerpo se desprende.

Por parte de mí, lo que hago es escarbar en mi destino, que pareciera navegar con las mismas velas que el destino de los que llamo nuestros. Pasé tanto tiempo acompasando mis braceadas a las de mi viejo, a las de mi Tío el Laucha, a las de la Mansa, a las de los hombres y mujeres que andan a los tumbos detrás de La Almiranta, que no me detuve un instante siquiera a preguntarme por la color de los árboles que moran en mis sueños.

Un viaje de uno es lo que se me impone. Un viaje para mí en el que traigo a los míos, aunque se abra en la intemperie de un nuevo mundo. Un viaje en el que adelantar la mirada.

La tanza tira. Algo debe de haber picado. Sumerjo la mi mano y hago aparecer la noche en el lomo del río. Lo que palpo es el reflejo del cielo y el frío de los peces y el fondo que aprieta el mi dedo y no lo quiere soltar.

Dos canoas rozan la mía y se adelantan. Dejan a su paso el rumor de la madera contra el agua. Deben de ir livianas. No alcanzo a distinguir a sus ocupantes, solo los sus cuerpos tendidos a lo largo de la embarcación, las sus manos cruzadas detrás de las sus cabezas, los sombreros que cubren los sus ojos para aminorar el candil de la luna. Timoneadas por la corriente, las dos canoas se tocan y se golpean y se acarician hasta ser una sola canoa que se pierde en la oscuridad.

Navego la noche. Nada sé de lo que viene más allá de lo que puedo oler. Hay la costa y la manzanilla. El eucalipto arde en la mi nariz. Hay la bosta humedecida por el rocío. Hay los cuerpos de los que duermen a mi lado y el hedor del viaje pegado en las carnes.

A mí lo que me parece es que aqueste mundo está envuelto en un agua barrosa como la del Paraná. El cascarón, como quien dice, es lo de menos. Si tan solo daquestas márgenes umbrosas se avistara un rescoldo de trasparencia que hiciera firme lo que a los mis pies sostiene, ¡qué ventura! ¡Qué espaldarazo de alivio para la mi cabeza embotada por el desfile de islas siempre iguales!

Lo cierto es que cada vez se me hace más difícil escapar hacia algún lado.

Nunca nadie dijo si hay más tierra que la que los mis ojos tajean en el horizonte cuarteado.

Si el mundo es uno solo o si hay muchos, cómo saber.

¿El cielo es uno solo?

¿El cielo es redondo como un puño?

No hay más que aqueste río. Y una boca que tironea y se escurre dentre los mis dedos.

El cielo es la piel de la hambre.

Pero nunca nadie dijo la espera de los navegantes.

Tengo para mí que soy tan poco para venirme mundo que apenas si puedo enroscarme en aqueste resquemor atolondrado, en aquesta ansia de enloquecer el astrolabio.

Pienso que el Abuelo tendría muchas y mejores cosas para decir pero prefirió callarse por ser persona sensata. De los sus labios brotaban palabras que había que desañudar como si fueran una maraña de tanzas. Aquesta noche me recuerda la historia que el Abuelo susurraba para atrapar las mis orejas. Yo me acercaba y él hablaba más para sus adentros. Decía que una vez se perdió con la canoa en uno de los brazos del Paraná y fue a dar en una isla que se le apareció dentre un monte de casuarinas. Lo recibieron unos hombres que le convidaron con un mate borrachito de ginebra para calentar el su pecho. En aquella isla le contaron de un arroyo que estaba ahí nomás, metido dentre el yuyal, que venía a dar en una pequeña cascada cubierta de granadas. Los isleños le dijeron que el invierno era duro en aquel lugar y dolía en los huesos.

Mandarino, nunca sabremos la realidad del frío.

Decía el Abuelo.

Yo respondía que sí, porque el frío verdadero moraba en su historia.

Los hombres le dijeron que era cosa común que en lo más crudo del invierno el arroyo se escarchara. Las aguas heladas parecían remontar sobre su cauce, en un giro imposible de la correntada.

Como si quisiera volverse al río, al arroyo le nacían alas. Por eso los isleños lo llamaban Chanta, que quiere decir “río mentiroso”.

Pobres hombres.

Dije una vez al Abuelo.

Que no saben nada, que todo lo que dicen es fantasía.

Pero el Abuelo hizo callar la mi lengua.

El que no sabe nada sos vos, Mandarino.

Dijo.

Que si hay antípodas o no las hay es cosa que está fuera de lo que sé. Tampoco es que me interese demasiado el hecho de que unos pies caminen por debajo del mi dedo que acaricia la corriente.

Una vez el Abuelo me dijo que las antípodas no estaban en los nuestros pies sino arriba de las nuestras cabezas. Levanto la mirada como el arroyo que busca remontar su cauce, y veo que aqueste cielo de piel escura se ha llenado de unas salpicaduras lechosas que pintan formas y dibujos exagerados, demasiado parecidos a lo real como para ser ciertos.

Y acá voy, con la noche a cuestas, con aquestos los mis brazos extendidos en la proa de mi canoa. Podría decir que busco alargarme para tocar eso que, de acá en más, por pura costumbre, llamaré estrellas.

Podría.

Pero son las estrellas las que me abrazan.

VII. SEXTANTE

Veinte grados dirección norte hasta aquel pájaro

Aquesta tarde es de un viento que se arremolina en las maderas y se abalanza en los picos del palo borracho.

La expedición entera hace fila india y bordea una de las islas allende las Lechiguanas. Buscamos un reparo. Tengo que cubrir la mi cara con los mis brazos para que no se llenen los mis ojos de tierra y porquería. Avanzo a la rastra. Me empujo con los yuyos que crecen en la costa y se inclinan hacia el Paraná. El viento es un cangrejo enorme que chucea con las sus pinzas. No quiere dejarnos ver qué es lo que sigue.

Fuera, fuera. Para atrás, para atrás.

Así parece decir.

Ciegos, vamos palpando la saliente de costa en busca de una barranca que nos ampare. La Mansa levanta el su dedo y señala un punto que ninguno de nosotros alcanza a distinguir. Da indicaciones de lo que debemos hacer, de las precauciones que tenemos que tomar al llegar al estrecho que separa una isla de la otra: islas iguales que ya ni nombramos por pura pereza.

La Mansa sostiene el su dedo en lo alto y hace equilibrio. Las sus piernas, como anclas, se afirman en popa y ata la su cintura al mástil de La Almiranta para no volarse.

Todavía no.

Grita.

Un tranco más, ya falta poco.

Así es como dice.

La Almiranta golpea contra una saliente y se oye el ruido de los toneles rodando en la bodega. Nuestra capitana se agarra de las sogas. Descubre las sus orejas para escuchar el canto del viento.

Vuelve a levantar el su dedo, pero ya nadie hace el intento de mirar aquello que señala.

Nos arrea el silbido del benteveo que grita desesperado la fiereza del vendaval. Hacia ese destino dirijo el esfuerzo de mis brazadas. Busco con las mis orejas aquello que la vista añubla.

Benteveo.

Benteveo.

Me agarro como puedo de las tacuaras y los matorrales. El mi cuerpo se contagia de barro y huele a sudor y a verdín y a agua estancada.

Veinte grados dirección norte es lo que me separa del alarido daquel pájaro.

No se suelten.

Grita la Mansa.

Cómo decirle que arde en las mis manos el tironeo de las casas, la voz de las islas que dejamos atrás, la imagen de una tierra que es solo para mí. Cómo decirle a nuestra capitana, desde aquesta canoa devorada por el torbellino de la correntada, que si tan solo abriera los mis dedos y dejara que el viento me arrastrara a su antojo ya no habría cansancio ni borrascas que me empalizaran la senda.

Me callo por ser persona temerosa y por tener la mi boca llena de aire.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, se empecina en sacar el agua que se nos mete en la embarcación con un cacharro. Cada golpe de ola lo empuja hacia un costado y otro de la canoa. Quiero decirle que se esté quieto, que la madera está llena de perforaciones y nada puede hacerse contra el derrumbe del horizonte. Mas se me hace un relámpago la vista y ahí lo encuentro, tan bello y tan inútil, escarbando dentre las maderas con el cacharro hasta hacer tope y lanzar el agua al río. Y otra vez a juntar. Y otra vez el agua al río.

Aquesta tarde es una marejada que amenaza con tirarnos a cada

cual más lejos. Mi viejo se cansa, me muestra su abandono y su resignación. Con el su torso en alto busca detener el viento. Abre los sus brazos, como si quisiera envolverlo y arroparlo y mecer su furia a fuerza de caricias.

Y veo a mi Tío el Laucha, acurrucado en un hueco de la canoa, que tirita asustado y se enrosca como un perro que busca besarse la su cola.

Y yo, Mandarino, puro hueso que escapa de la mi piel, bandera andrajosa que se amarra a los juncos, aprieto bien fuerte los mis ojos hasta más no ver que el relámpago del mi propio cuerpo.

Escucho.

Eso es lo que hago.

Y se me viene el silbido de la Mansa imitando al benteveo. Un canto aguado y gargajiento que se añuda dentre las nuestras manos para no soltar, para no salirse de la costa y la corriente, para no mirar la aleta del remanso que roza los nuestros pies hasta hacerse el río mismo un silbido que enamora las nuestras orejas e invita a sumergirse en el Paraná para dejarse ir hasta que aparezca un viento bonanza que alivie desde el suroeste.

Bichofeo.

Bi-cho-fe-o.

Así es como silba la Mansa.

El invierno da sus últimas bocanadas y en su desespero no hace sino golpear todo lo que a las sus manos se le acerca.

El Paraná está mentiroso. Quiere retenernos junto al su pecho, muy lejos de la su orilla.

Diez grados desde los mis pies hasta la costa

Amanecemos con las nuestras tripas revueltas. Doy unos pocos pasos y tengo que recostarme. El alrededor se agita con rudeza y me arrastro y tanteo y me quedo quieto, bien quieto, hasta que deja de mecerse lo que a los mis pies sacude. Encuentro a mi viejo, mi pobre viejo querido, en uno de los rincones. Hace que pesca con una mojarrera, pero ni siquiera atiende al tironeo de la tanza.

Qué cansancio.

Así es como dice.

Levanto la mirada y nuestra expedición es un campo arrasado. El desmadre de las embarcaciones hace que cada una de las canoas y piraguas apunten hacia un puerto diferente. El aire huele a madera recién cortada. Arrojo al Paraná las ruinas afiladas de los coronillos. Mi Tío el Laucha hace lo suyo y empuja unas lianas de camalotal que se nos pegaron en la popa y las acompaña con la su mano imitando el cauce y las deja ir corriente abajo.

Está picado.

Dice.

Y ya no sé de qué es lo que habla mi Tío el Laucha. Si es el río el que está bravo o son las islas de árboles pelados por el viento o si acaso las hojas del camalotal o aquestos hombres y mujeres que se levantan a los tropezones para echar las redes. Tengo para mí que todo a nuestro alrededor se nos ha picado.

Lo primero que veo es al Herrero. La su cabeza cuelga dentre los sus brazos. Se inclina hacia el río, por si las dudas se le viene el zarandeo a la su boca. Está echado, el pobre, y con los sus dedos palpa el agua. Me da un poco de pena y de gracia. Ahí, tan gigante y aplastado, con el ánimo tembloroso de los que ya no esperan que asome un trozo de tierra donde aplacar el mareo.

Lo segundo que veo es el miedo de los más chicos pegado a los sus ojos. Vienen con las sus lenguas silenciosas y esconden las sus caras por no ver lo que hay más allá del reparo de sus madres.

Lo tercero que veo es a la Mansa. Grita órdenes que suenan como el quejido de un gato camorrero. Nadie parece escucharla y entonces el quejido se espacia cada vez más y se llena de vacío y pierde fuerzas hasta hacerse uno con el entrevero daquesta mañana. Todos los que la rodean tienen la mirada puesta en las sus propias manos. Nuestra capitana se rinde a la indiferencia que nos trajo el temporal y camina en círculos. Se detiene en la popa de La Almiranta y con el su dedo repasa cada una de las embarcaciones.

Vuelve a contar.

Faltan tres.

Dice.

Nos miramos sin entender.

Faltan tres canoas.

Grita la Mansa.

Busco en la memoria el nombre de los que no están, pero hoy no puedo más que lo que veo. La corriente, de pronto, se hace más pesada, más al ras del Paraná, como si algo daqueste día nos pidiera un ancla.

Quince grados desde los mis brazos hasta la barranca

Hay quienes intentan un rodeo por de cerca la canal para buscar a los perdidos. Vuelven al rato con los sus hombros gachos. Es que los nuestros brazos están agotados de tanto viento norte y de las muchas jornadas de navegación.

No están. No se ve nada lo que hay.

El Loco Tréllez levanta la voz. Dice que quién puede asegurar que se los llevó la corriente si nadie se dio cuenta de lo que pasaba; que es muy difícil que el río se trague las canoas sin escupir, más no sea,

alguna astilla a la superficie; que perdiendo el tiempo con aquestos hombres corremos la mira de lo que vinimos a buscar; que de seguro aprovecharon el ventarrón para volverse a las casas.

Así es como dice.

La Mansa pareciera querer retrucarle algo, pero hace que no con la su cabeza, como si quisiera espantar las palabras del Loco Tréllez.

No están.

No se ve nada lo que hay.

Podríamos habernos lanzado río abajo y haber desandado el camino hasta dar con algún trozo de madera o haber rastreado un pequeño relieve en el agua que nos indicara el rumbo de las canoas ausentes. Decidimos olvidarnos del destino daquellos hombres por temor a quedar atrapados en el ir y venir. Por aquestos días el regreso al pueblo aguijona los remos.

Diez grados desde los mis ojos hasta el barro

Buscamos, a los tumbos, el modo de distraer las nuestras cabezas. Hay que amoldarse como se pueda a los barquinazos del río. Yo lo que hago es pensar qué andará haciendo el Abuelo ahora que sacuden los últimos temporales. Pienso en el Abuelo y en lo mucho que le gusta el fin del invierno. Habrá que destapar las plantas y devolverlas otra vez a la intemperie, dejar las puertas y las ventanas abiertas para que la primavera haga mella dentre los dibujos de la humedad. Pienso en el Abuelo y en el invierno y en los chicos que asoman las sus cabezas mientras las mujeres les dicen que sí, que está bien, que pueden saltar de canoa en canoa como quien sale a jugar al patio. Pienso en los chicos y en esas mujeres y en que algo del miedo que traían se escurrió dentre los sus dedos.

Pienso en la tierra conocida.

Pienso en lo que me queda por navegar.

Pienso en que ya no hay nadie para mí que espante el terror de estar en viaje. Y pienso también en aquella otra tierra dorada que fue mi madre.

Cinco grados desde la mi mano hasta lo negro del río

Hay una isla que se nos atraviesa al norte. Ya veremos cómo sortearla. Nos queda clavar de vez en cuando los remos para no perder la costumbre y esperar que la noche nos dé unas horas de descanso.

Cuánto tiempo ha pasado desque vinimos a aquestas costas a tentar la suerte del dorado.

Así es como me pregunto mientras la tarde se vuelve plomada que olisquea lo profundo.

Hay lo quieto.

Hay una isla, allá a lo lejos, que se nos atraviesa por dentre el horizonte. Ya veremos. Ahora dejamos de remar. Que el impulso nos lleve. Tengo para mí que cualquier isla es la seña que buscamos: la seña de todos los días que traemos a cuestas.

Los tropezones del viaje horadan las canoas y vetean la madera, y aquestas vetas tatúan el nuestro cuerpo. El agua escribe en las nuestras manos que reman.

Así es como pienso las cosas mientras la tarde se ensancha.

Así me pierdo y recorro con los mis propios dedos las tallas de la embarcación y descascaro los pedazos de barro de la madera como quien limpia el beso del río.

La siesta acalla las voces. Los niños cubren las sus bocas con las sus manos para no estallar en risas. Escucho que hablan, que se dicen cosas, que se charlan de canoa a canoa mientras sus padres duermen. Hablarán de los juncos que parecen vichas o de las

yararás que quieren parecerse a los juncos; de las frutas que huelen a pis y saben amargas; de lo que dejaron atrás, allá en las casas, y no pudieron recoger antes de zarpar; de lo largo que está siendo el día.

Lo único que sé daquestos chicos es que hablan y en su hablar hay un traqueteo lento que se me hace lejanía: un murmullo que se pierde dentre los chapoteos. Daquesta manera debe de oírse el paso de nuestra expedición.

Cinco grados desde lo negro del río hasta los mis dedos

Mi Tío el Laucha mete la su cabeza en el agua. Veo que inclina el su cuerpo por fuera de la canoa, como si algo se le hubiese perdido en el fondo del Paraná. Aguanta unos segundos debajo del agua y después los sus pelos caen aplastados sobre la su frente y chorrean la su cara y las ropas. Mi Tío el Laucha queda parado sobre un charco, sacude la su cabeza como un perro y se quita la camisa, después la cuelga como mascarón de proa para que se oree con el viento. Muestra la flacura que vino cincelando con los días de navegación. Hace rato que se nos acabaron los panes y las galletas. Los toneles están para recordarnos que alguna vez aqueste viaje empezó allá lejos. Todo lo que comemos nos viene del río. A lo más, unos yuyos que vamos arrancando de la costa a medida que avanzamos.

Le pregunto a mi Tío el Laucha cómo está el agua, pero no responde. Lo que hace es mirar el río y meter la su mano y hacer como si los sus dedos fueran un remo. Hace que no con la su cabeza y empuja con los sus brazos.

Qué raro.

Así es como dice.

Mi Tío el Laucha señala el río, como si no pudiera entender lo que ve. Quiero reírme y decirle que deje de hacer el tonto, pero algo me

empuja a hacer lo mismo que él. Repito sus movimientos. Meto la mi mano y empujo. Está fresquita. Vuelvo a empujar. A mí lo que me parece es que no metería la mi cabeza. Todavía sigue el invierno y pica fuerte. El frío acalambra el mi brazo. Empujo una vez más. Me doy cuenta.

Qué raro.

Digo.

Entonces me paro en la canoa y miro alrededor. No avanzamos ni un grado. Nada. Hace un rato largo que La Almiranta se mece en el mismo lugar, como si estuviera encallada. Y veo que todos los demás están quietos. Bien quietos. La corriente parece decirnos que hasta acá llegamos,que ya está bien, que aquesta es la isla y aqueste es el monte, que aquesta es la tierra que nos toca en suerte.

Estancadas, nuestras canoas apenas dejan oír un silbido que asoma con el tironeo de las aguas. Y así estamos: rozándonos con el Paraná.

Cinco grados desde lo negro del río hasta nuestras miradas

A nadie sorprendió que mi viejo, mi pobre viejo querido, rompiera el silencio daquel descubrimiento con un grito, casi en el mismo momento en que nos dimos cuenta de que los remos se habían convertido en un trozo de madera inútil y que ya no había que mirar hacia lo que venía adelante. Lo único que nos quedaba era mirar a los costados.

Pesqué.

Así es como grita mi viejo.

Pesqué, pesqué.

La mojarrera se dobla hasta hociquear la superficie del río. Mi Tío el Laucha se sienta a su lado y los dos sostienen la caña con las sus

cuatro manos. Desde La Almiranta pispean lo que pasa y todas las canoas se arriman para ver qué hay.

Tranquilo, tranquilo. Dale tanza. Que pique fuerte. Tranquilo, tranquilo.

Dice mi Tío el Laucha.

Daquello que muerde del otro lado de la tanza pende la ilusión de nuestros próximos días. Veo al Loco Tréllez, en cueros, con los sus brazos cruzados sobre la su panza, que galopa la su pierna espueleada por los nervios. Cuando mi viejo tira, el Loco Tréllez hace el mismo movimiento con los sus hombros. Veo al Herrero apretar los sus puños con bravura, como si quisiera sacar a los golpes aquello que tira y se revuelve en el agua. Veo a la Mansa que parece ignorar lo que a su alrededor sucede o hace como si no le interesara el alboroto. Las sus piernas cuelgan de La Almiranta y con los sus pies hace círculos en la superficie. Tiene la mirada puesta en un lugar lejano, más allá de la caña y de nuestras canoas, más allá del río y de las islas. Los sus ojos apuntan hacia adentro.

Mi viejo y mi Tío el Laucha tiran al mismo tiempo y vemos asomar la aleta de un pez.

Ahí está. Ahí nomás.

Tranquilo, tranquilo. No hay que arrebatarlo.

Liberan un poco de tanza y después pegan un tironeo seco para ensartarlo. Entonces la Mansa levanta los sus ojos y se pone de pie y todos nos paramos en las canoas siguiendo su ejemplo cuando entendemos que ahí está lo que estábamos buscando. Y ya no hay más que el silencio de los días y de las noches que se asoma por el Paraná como una aleta aguzada que nos corta las respiraciones. La aleta del dorado que se acerca y se entrega con un último tironeo que nos hace temer que la carne se desgarre. Ahí está. Ahí mismo nomás. Se nos corta la respiración. Comprobamos aliviados que el peso del dorado sigue latiendo en la caña. Mi viejo y mi Tío el Laucha mueven los sus hombros hacia atrás para traer lo que el río nos ofrece.

Ahí. Ahí mismo.

Para nosotros.

El río nos trae el dorado para nosotros.

Y mi viejo y mi Tío el Laucha se abrazan a la caña.

El río nos trae un mundo nuevo para nosotros.

Pasan unos segundos en los que oímos romper aguas al Paraná y después mi viejo levanta la pesca y nos la muestra. Ninguno sabe qué decir o qué hacer. El Loco Tréllez sigue con los sus brazos apoyados en la su panza y no hace más que balancearse de un lado a otro. El Herrero libera los sus puños. La Mansa se raspa la costra de barro dentre los sus dedos.

El Paraná es el lomo de un dorado.

Veinte grados desde La Almiranta hasta la costa

Los corcoveos de la canoa nos acercan a la tierra. Mi viejo, mi pobre viejo querido, desanzuela la presa.

Cuidado, no lo vayas a romper.

Dice mi Tío el Laucha.

Mi viejo sostiene el pescado con los sus brazos extendidos, alejándolo del su cuerpo. El dorado se escurre dentro de la canoa. Lo único que parece escucharse es el golpe de sus bocanadas. Mi viejo me lo pasa, con la su cabeza gacha, como si no entendiera para qué sirve. Y yo siento el curioseo de los vecinos en mí. Y siento el peso de la tarde que se cuela desde aquestas miradas. Y siento el arrimón de las canoas y el chismoseo de las voces que desatan las lenguas para decirse que ahí nomás, dentre las mis manos, hay un ancla de la color del sol.

El bicho se retuerce. Acaricio las sus aletas para tranquilizarlo.

Bueno, bueno.

Así es como le digo.

Busco ver a través de los sus ojos una marca daqueste viaje, alguna seña que me traiga un aire de todos los vaivenes que trazaron las embarcaciones desque todo comenzó; que digan algo, los sus ojos, que ponga nombre al derrumbe de la tierra conocida, pero entiendo que esos ojos de dorado no hablan mi misma lengua.

El pescado sacude la su cola y me río de puro nervio. Cuanto más aprieto, más se me resbala. A lo primero, los vecinos me miran muy serios, como si temieran que se me fuera a caer. Me miran reír y miran el pescado. Al poco, también se largan a reír. Mi Tío el Laucha se acerca y me pregunta si se lo dejo un rato, como quien asiste al primer despertar de una creatura y ahí nomás arma una cuna con los sus brazos para recibir al dorado y lo abraza contra el su pecho y le canta.

Yo me echo en la popa y apoyo la mi cabeza en la madera para ver cómo se pasa lo que resta del día. Acá estamos, pienso, repartiéndonos aquestos trozos de caricias. Me entretengo con la confusión de los nuestros dedos. Sigo el roce de los que se pasan el dorado, de los dedos de los unos que se enfundan con los dedos de los otros. Y es una sola la nuestra mano, que fue naciendo desque clavamos el primer remo en el Paraná hace tiempo, cuando todavía el pueblo y las casas.

Qué andará haciendo el Abuelo.

Eso es lo que hago.

Pienso en lo lejos que está el Abuelo.

Quince grados desde nuestra capitana hasta la costa

El pescado llega hasta La Almiranta. Recién ahora me doy cuenta del verdín que abraza la madera y de que nuestra balsa mayor ha perdido unas cuantas tablas. Viene enclenque y desvencijada, como si hubiera envejecido y el su cuerpo se hubiese alivianado o como si supiera que no hay más río para navegar.

Nuestra capitana recibe la pesca y parece despertar de su embotamiento. Mira a los portuarios que la rodean y que esperan su reacción. Nos mira a cada uno de nosotros. Me mira. Mira el dorado y lo levanta por sobre la su cabeza.

Llegamos.

Así es como dice.

Y devuelve el dorado al río para que vuelvan miles.

Diez grados desde nuestro anhelo hasta la costa

La primera en desembarcar es nuestra capitana y detrás de ella las mujeres que la escoltan y la sostienen y le tienden los sus brazos para que no se tropiece con el barro.

Los más chicos no se aguantan. Saltan sobre las canoas y miran a sus madres como esperando la venia. Cuando la Mansa toca tierra y pisa la costa y camina unos pasos a través de los yuyos que crecen guachos a la orilla del río, los chicos se arrojan al agua y corren desbandados por los solares del nuevo pueblo.

Veo a los portuarios descargar los toneles vacíos y los cacharros de La Almiranta. Veo al Herrero que juega a perseguir a uno de sus hijos dentre los árboles. Veo a unas mujeres tender las lonas y las mantas y las ropas para que se oreen. Veo a la Mansa pisar la tierra, como si quisiera asegurarse de que está firme bajo los sus pies. Camina hasta el comienzo de un monte, se queda mirando lo que ha quedado de expedición y se arrima hacia una hilera de eucaliptus. Veo las piernas de la Mansa perderse en el monte, abriendo camino. Y no la veo más.

Dos calandrias rompen el cielo y vuelan a la par sobre las nuestras cabezas. Silban las nuestras orejas con la cercanía de sus aleteos. Mi Tío el Laucha tiene que sentarse en la piragua para que no atropellen la su cabeza.

Andan queriendo decir algo.

Dice mi viejo.

Entonces las calandrias trepan la altura, con las sus alas casi chocándose de tan cerca que van y después se apartan, con la presteza de quien no quiere mirar lo que hay detrás. Mientras una se pierde dentre los árboles, la otra despliega un vuelo flaco y lento, abre las sus alas y da unas vueltas y después planea hasta apoyarse en uno de los toneles que

están tumbados en la popa de La Almiranta.

Qué es lo que dicen los pájaros.

Pregunto.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, baja la su cabeza como buscando las palabras. No llega a responderme. La calandria que decidió quedarse en La Almiranta picotea la madera y me doy cuenta de que la herrumbre ha tomado el casco de nuestra balsa mayor. La piel de La Almiranta se descascara. A lo primero, como si le salieran unas pequeñas manchas de la color de los camalotes. Después, como una sombra que escurece toda su presencia.

Los que ya están en tierra se acercan a la costa. Escuchamos el golpe de una tabla contra el agua. Y después otra y otra más y la proa entera se zambulle en el Paraná. Pareciera que el río mismo se estuviera derrumbando. La Almiranta se hace pedazos frente a los nuestros ojos.

Cinco grados desde mí hasta la costa

Mi Tío el Laucha se sienta en la proa, de cara a la isla.

Va a haber que ir.

Así es como dice.

Ninguno se atreve a clavar el remo para empujarse hasta la tierra. Esperamos a que sean las olas daqueste río perezoso las que nos acerquen. Mi viejo, mi pobre viejo querido,parece encontrar algo de fuerza dentre el cansancio que nos amodorra y se pone a juntar algunos de los cacharros que quedaron olvidados en los rincones. Levanta un mate.

Mirá, Mandarino, ¿te acordás?

Dice.

Yo respondo que sí, que me acuerdo, que hace tiempo lo andaba buscando y que pensé que se había caído al agua

en alguna de las tormentas.

¿Qué lo hago?

Pregunta mi viejo.

Pienso que la piel verde del mate está percudida por las manchas de óxido que le pegó el río, pero que todavía le restan unas cuantas cebadas.

Cinco grados desde mí hasta las manos de mi viejo

Mi Tío el Laucha carga la bolsa con nuestras cosas.

A ver qué tal.

Es lo que dice.

Baja de la canoa y el agua llega hasta las sus rodillas. Hace como si recorriera un escalofrío por todo el su cuerpo y pega unos saltos hasta hacer pie en la costa. Sacude las sus piernas y se las frota para darles calor.

Mi viejo, mi pobre viejo querido, se ayuda con los remos para meterse al agua.

Qué decían los pájaros.

Así es como le pregunto.

Entonces mi viejo apoya la su mano en la mía y después pellizca con suavidad una de las mis orejas y roza la mi frente y se enreda en el mi pelo. Puedo oler el río entero en la piel de mi viejo, que es la piel que me envuelve desde siempre.

Los pájaros dicen que hay muchas maravillas.

Responde.

Con la su misma mano que acaricia, empuja la canoa y me devuelve al río.

Veinte grados desde mí hasta los ojos de mi viejo

Hay aquesta forma empañada de mirar lo que dejo.

Cuarenta grados desde mí hasta la frente de mi viejo

Hay los mis lunares, como estrellas, que zarpan fugaces hacia nuevas constelaciones.

Sesenta grados dentre las mis partes en que me despedazo

Hay las mis piernas que buscan anclarse. Hay la mi boca que apenas si puede hablar la lengua de los remansos: una lengua que se espesa. Y hay el mi cuerpo que se quiebra como una hondonada abriéndose paso en el Paraná.

La canoa se aleja y no hay más astros que graden el mundo.

Solo yo, Mandarino, Cronista Mayor del Desamparo y Cartógrafo de una Sola Línea.

Yo solo, Mandarino, el que nació con hambre.

Yo, Mandarino, el Adelantado.

Yo.

VIII. ÚLTIMA VOZ

Viejo,

Acá van aquestos papeles que tratan de los días de nuestra expedición. Hablan de la Mansa y de usted, mi viejo. Y también del Abuelo y de mi Tío el Laucha y daquesta la mi lengua añublada que muchas veces se me cuela sin yo querer.

Lo que a mí me parece es que aquestas páginas mejor que las guarde dentre sus cosas, puesto que a sus cosas pertenecen.

Los días que siguen prefiero trazarlos a lomo de río. No le voy a negar: todavía hay ventarrones que muerden la eslora y noches que empujan hacia un arenal de miedos. Pero es mucho el tamaño de un temporal cuando se navega para sí solo. Tan grande que es mejor dejarlo como está y atraparlo dentre las mis manos y echarlo al agua para que se hunda.

Y así voy, vadeando las barrancas de una tierra que si se la cuento no la va a poder creer: una tierra que se desmorona. Un Paraná de barro, mi viejo, mi pobre viejo querido, que a veces prefiero nadar a pie antes que chapotearlo con los remos.

Acá le van mis papeles para que le animen los días y le hagan acordar.

Yo me acuesto de cara al cielo y me dejo a la corriente y miro las estrellas en busca de otras islas que se parezcan a los sus brazos. Hasta que el río se tueste con la color del mi cuerpo y haga de las mis cáscaras una canoa. Y entonces sí, desgajarme entero en el Paraná.

Mandarino,

que besa la su mano, la su mejilla, la su frente



EZEQUIEL PÉREZ

Nació en Villa Ramallo en 1987. Es docente de Literatura

latinoamericana en la Universidad de Buenos Aires. Hay que llegar a las casas (2021), su primera novela, ganó el Premio especial del Concurso de Letras 2020 del Fondo Nacional de las Artes y fue seleccionada entre las cinco finalistas del Premio Medifé/ FILBA 2022

Foto: © Iván Fridman

■

Pérez, Ezequiel

Mandarino / Ezequiel Pérez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eterna Cadencia Editora, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-712-302-9

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

■

© 2023, Ezequiel Pérez

© 2023, ETERNA CADENCIA S.R.L.

Primera edición: mayo de 2023

Primera edición digital: mayo de 2023

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA

Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires

editorial@eternacadencia.com

www.eternacadencia.com

ISBN 978-987-712-302-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.



ETERNA CADENCIA EDITORA

Dirección editorial   Leonora Djament

Edición y coordinación   Virginia Ruano

Prensa y comunicación   Yanina Catellani

Asistente editorial   Romina Ponti

Asistente comercial   Inés Capurro

Corrección   Claudia Arce

Diseño de cubierta   Diseño [entre] Estudio

Diseño de colección   Cali Hernández y Vero Lara

Administración   Marina Schiaffino

Conversión a formato digital   Numerikes

Índice

Cubierta

Sobre este libro

Portada

Dedicatoria

Epígrafe

I. Fundaciones

II. Puerto

III. Derrota

IV. Diario

V. Carta

VI. Libro de las maravillas

VII. Sextante

VIII. Última voz

Sobre el autor

Página de legales

Créditos